

dney Collin

1 El Espejo

de la Luz

UMBRES DEL
CUARTO
CAMINO,

H
KIER

Obras del mismo autor

The Theory of Celestial Influence

The Theory of Eternal Life

The Theory of Conscious Harmony

RODNEY COLLIN

**EL ESPEJO
DE LA LUZ**

Primera Edición

Traducción del inglés por
Héctor V. Morel

EDITORIAL KIER S.A.
Av. Santa Fe 1260 (1059)
Buenos Aires - Argentina

Se hallan reservados todos los derechos. Sin autorización escrita del editor, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio —mecánico, electrónico y/u otros— y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

*Exhibirá tu justicia como la luz y
tu derecho como el mediodía.*

Salmos 37:6

NOTA PRELIMINAR

La mayor parte de las notas que integran este libro fueron encontradas entre los papeles de Rodney Collin, después de su muerte. Algunas ya habían sido utilizadas como base de sus disertaciones efectuadas por él ante quienes compartían sus ideas; otras las había documentado para emplearlas en el futuro. Resulta imposible decir qué fue lo que él escribió y qué es lo que proviene de otras fuentes. Collin había reunido estas notas como material dedicado a quienes aprobaran la primera etapa del estudio de sí. A estas notas se sumaron otras, extraídas de conversaciones que tuvo con sus amigos.

La expresión «recuerdo de sí» es un término especial, empleado por G.I. Gurdjieff, P.D. Ouspensky, Maurice Nicoll y otros que siguieron la misma tradición. Su significado se halla explicado en el contexto.

El «Cuarto Camino» es una combinación equilibrada de las tres vías tradicionales de reunificación con Dios: la del control del cuerpo físico, la del control de la mente y la del control de las emociones. Consiste en el desarrollo del hombre total, situado en las circunstancias comunes y corrientes de la vida diaria y dedicado a la realización de sus posibilidades supremas.

Nuestro agradecimiento a Mema Dickins y a todas las otras personas que ayudaron a recopilar y ordenar estas notas.

**Janet Collin Smith México,
Octubre de 1958**

Título original inglés

The Mirror of Light. (From the Notebooks of Rodney Collin)

Copyright 1958 by Mrs Rodney Collin Smith

Segunda edición

© 1968 Vincent Stuart and John M. Watkins Ltd.

Ediciones en castellano

1a. edición, Editorial Kier S.A., Buenos Aires, 1997

Diseño de tapa:

Graciela Goldsmidt

Composición tipográfica:

Cálamus

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

ISBN: 950-17-0200-6

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 1997 by Editorial Kier S.A.; Buenos Aires

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

INTRODUCCIÓN

Vivimos nuestra vida en un espejo en el que todo está al revés. Cuando vemos una escena, nuestro cerebro la recibe invertida. Los rayos salen, se cruzan y se reciben al revés. La realidad existe en el sitio en el que dos líneas se cruzan, si es que podemos encontrar ese sitio.

Lo mismo tiene lugar en nuestros pensamientos; pensamos que la causa es el efecto y que el efecto es la causa. Para nosotros, lo material es más real que lo espiritual. Llamamos objetivo a lo que nuestros sentidos perciben, mientras que llamamos irreal o imaginario a todo lo que es imperceptible para nuestros sentidos físicos. Pensamos que la siembra y la cosecha son esencialmente diferentes, sin lograr entender que son lo mismo. Consideramos que el nacimiento y la muerte son antitéticos y hemos olvidado por completo que morir es nacer.

La vida que vivimos y el mundo en el cual vivimos son un espejismo. Si comprendemos qué es un espejismo, comprendemos qué es un milagro.

Deberíamos estudiar más acerca del espejo. El es la clave del libro que pronto debería ser escrito.

Rodney Collin

1955

CAPITULO I

Todo cuerpo vivo emite irradiaciones. Estas son eléctricas. Siempre que tocamos algo, eso recoge irradiaciones. Entenderíamos esto mejor si recordáramos la idea que un espejo nos da. En él se refleja todo. Los lugares en los que la gente experimentó emociones fuertes están llenos de fuertes irradiaciones que son positivas o negativas. Los objetos inanimados reflejan las irradiaciones de las criaturas vivas.

En esto hay una excepción. La energía de la materia superpesada se condensó hasta tal punto que se escapa. La materia superpesada es peligrosa porque, en vez de reflejar irradiaciones, las emite. La tierra necesita una mínima proporción de material emisor, pero los hombres lo acumulan en demasía. Por esta razón, éste es un *kairós*, o sea, un tiempo en el que existe una oportunidad excepcional para quienes quieran adquirir voluntad, amor y razón. Se está acercando un gran cambio en el que las fuerzas positivas deben equilibrar a las negativas. Las irradiaciones positivas, emitidas por las personas de buena voluntad, recogen las irradiaciones neutras, emitidas por la materia superpesada y las transforman en una barrera protectora, como si se tratase de una especie de gelatina que absorbe y neutraliza las irradiaciones negativas. Proyectamos todo el tiempo negatividad o positividad. A las irradiaciones positivas se les suman irradiaciones negativas, en proporción a la fuerza de las primeras.

No importa lo que pensamos acerca de las otras personas, pero sí importa lo que proyectamos. El hecho de que pensemos bien o mal acerca de ellas no afecta a nadie; tampoco ayuda ni daña. Sin embargo, no nos damos cuenta de cuánto afectan nuestras proyecciones a los demás. Si decimos: «Fulano de Tal es ridículo», esto no le hará daño. Pero si alguien dice: «Te amo» con un sentimiento negativo, entonces hará daño. No nos damos cuenta de cuan responsables somos de todo lo que proyectamos. Tenemos que

proyectar positividad. La negatividad emana de nosotros y se refleja en los demás. Afecta a miles de personas en el mundo entero. Si nuestras irradiaciones son positivas, no sólo nos ayudarán sino que, asimismo, ayudarán a los demás también en el mundo entero. Debemos ser muy cuidadosos a fin de proyectar sinceridad y fuerza. Si proyectamos irradiaciones positivas, podemos dejar que sea Dios quien las distribuya. Quienes han visto la verdad irradian bondad; no podemos imaginar cuan fuertes son estas irradiaciones ni qué formidables distancias pueden alcanzar.

Nos parecemos a los aparatos de radio. En el instante en que somos negativos, sintonizamos la negatividad acumulada por alguien que, tal vez a miles de kilómetros de distancia, fue negativo durante años. Son muchísimas y diferentes las longitudes de onda que existen, pero siempre hay alguien que posee la misma longitud de onda que la nuestra, y a esa persona la afectamos y ella nos afecta, si se lo permitimos. Por esta razón es tan necesario evitar ser negativos a fin de no recoger ni sumar la negatividad de los demás a la nuestra. Piense en la responsabilidad que tenemos si enviamos negatividad a otra persona; podría tratarse de alguien que acaba de salir de un estado negativo y le hacemos retroceder con nuestra negatividad. Algunas personas están constituidas de modo tal que recogen negatividad, mientras otras recogen positividad; por eso, no podemos juzgarlas. Sólo debemos tener cuidado de no enviar negatividad y, en lugar de ella, enviar positividad.

Cuando estamos en mutua armonía, producimos una energía elevadísima que llega a cientos de kilómetros, hasta personas que la necesitan. Si carecemos de armonía interior, no podemos proyectarla. La voluntad crea las irradiaciones positivas. Seremos capaces de irradiar positividad una vez que hayamos encontrado a nuestro yo real

Podemos comprobar la fuerza de nuestras irradiaciones por el modo con que ellas son capaces de modificar el clima. A veces, en época de sequía, la gente lleva en procesión la imagen de un santo y le reza para que haga llover. Cuando llega la lluvia, esa gente piensa que fue el santo quien hizo el milagro. En realidad, la fuerza de sus

irradiaciones concentradas modificó la presión atmosférica y permitió que la humedad se precipitase. Las personas de fe estuvieron al tanto de esto por experiencia, y la ciencia está empezando a descubrirlo.

Una unidad positiva se refleja multiplicada por cien, pero una unidad negativa se refleja multiplicada por mil. Cada unidad se agranda al reflejarse. Por esta razón, cuando convertimos la negatividad en positividad, el resultado se multiplica por dos mil. La negatividad es mucho más fuerte. ¡Bendita sea la negatividad que crea positividad! Todo depende de cómo la persona emplee los pensamientos negativos y del plano que ella ocupe. La que se halla en un plano bajo, los emplea negativamente, de forma muy baja, pero si se halla en un plano superior, puede transformarlos en positividad. Podemos convertir las irradiaciones negativas en una fuerza formidable si somos absolutamente positivos. En primer lugar, tenemos que recogerlas valiéndonos de nuestra atención. Debemos ser completamente positivos para convertir las irradiaciones negativas en positivas. Si dudamos, aunque sea durante un segundo, nada podemos hacer porque ya somos negativos. Si vemos algo desagradable u horripilante, debemos hallar en eso algo que sea divertido, reír y señalarlo a los demás, en caso de que ese hecho desagradable los esté afectando. Si vemos que alguien reacciona negativamente, debemos tratar de volvernos positivos, riendo o no dando crédito a eso. Por esta razón, es posible recoger energía en una sala cinematográfica cuando el público se horroriza ante una película en la que hay asesinatos. Tenemos que ser suficientemente fuertes para no permitir que la negatividad también nos negativice. Pero entonces nos fortalecemos modificando esa negatividad. Una vez que empezamos a modificarla, podemos hacer que siga así; se sigue modificando por sí sola. Si podemos ser positivos durante una hora, luego durante otra hora y, después, durante otra hora más, entonces purificamos nuestros instintos y reacciones. Cuando atrapamos en nosotros un mal pensamiento, lo podemos controlar, modificar y convertir en un pensamiento bueno que sea mucho más fuerte. Si somos completamente positivos, podemos contrarrestar

el mal pensamiento de otra persona —por malo que aquél sea— y convertirlo en bueno.

Estamos conectados con todas las personas a las que conocimos, con las que conversamos o con las que nos encontramos porque les dimos una parte de nosotros mismos: les dimos nuestras irradiaciones. Lo que hayamos hecho no es lo importante sino lo que hayamos irradiado. Nuestras reacciones son físicas; tenemos que hacer que sean positivas. Todo anda mal si pensamos en nosotros. Podemos sentirnos bien si nos olvidamos de nosotros mismos. No podemos amar a todo el mundo, pero estamos aquí para proyectar armonía. Crecemos si tenemos armonía. Debemos amar a las personas, amarlas de verdad —solamente amarlas— para recoger positividad. Todos necesitan amor: es su alimento espiritual. A las personas les damos nuestra carne y sangre cuando las amamos. La sangre está constituida por emanaciones; la carne significa nuestro yo real. Amar no es una emoción, una sensación ni una idea; amar es la clase especial de irradiación que sólo cierto tipo de acción es capaz de producir en nosotros. Si alguien siente afecto por otra persona, pero es demasiado perezoso como para ayudarla, entonces no la ama. Por otra parte, alguien puede sentirse muy irritado con otra persona pero si, a pesar de su enfado, hace un esfuerzo para ayudarla, eso es amarla. Entonces le proyecta irradiaciones que probablemente sean de más ayuda que lo que él haga; sin embargo, esas irradiaciones sólo pueden ponerse en movimiento cuando se actúa con la intención de ayudar. El único modo de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos consiste en aprender a comunicarnos con Dios. Entonces poseemos la gracia de amar a nuestro prójimo y a nosotros mismos.

Todas las funciones son biológicas. Así como el cuerpo funciona biológicamente, de igual manera las emociones tienen una base biológica. Hay dos clases de negatividad. La que proviene del interior constituye algo que es bajo y malo. Pero la negatividad que proviene del exterior es una reacción que no es mala. Cuando reaccionamos con irritación, esto suele ocurrir porque acumulamos en nuestro cuerpo ácidos que necesitamos eliminar. Necesitamos eliminarlos

una vez por semana por lo menos: enojándonos, llorando o riendo a carcajadas. Cometemos una equivocación cuando nos identificamos con lo que eliminamos y lo mezclamos con nuestros sentimientos. Está mal impedir en alguien esta clase de eliminación; eso le perjudica del mismo modo que si se interrumpiese una eliminación corporal. Los bebés son muy sabios y están al tanto de esto. Llorarán hasta que se les enrojezca la carita. Las madres no deberían alzarlos hasta que ellos concluyan, aunque no se los debe dejar llorar demasiado tiempo o, de lo contrario, ellos crearán el hábito. Debemos aprender a librarnos de nuestros desechos emocionales. Deberíamos correr, gritar, reír, llorar y sacarnos esos desechos una vez por semana. Deberíamos librarnos de nuestras reacciones físicas, pero no contra otras personas. Debemos conocer la diferencia entre las reacciones físicas y los sentimientos. Jamás debemos herir a nadie; aparte de eso, no importa cómo eliminemos nuestros desechos emocionales. Estaremos limpios cuando los hayamos eliminado.

Cuanto más limpios estamos por fuera, más lo estamos por dentro. Si estamos limpios, nuestros poros se hallan prontos para librarse de los ácidos, y estaremos sanos. El aseo depende de cómo fuimos educados. Para ser viriles y fuertes tenemos que ser fundamentalmente aseados. Nuestras casas deberían estar limpias. Hay un refrán ruso que dice: «Donde hay suciedad, hay un demonio». Dios ingresa solamente en lo limpio. Cuando entendemos qué es el aseo, tenemos que cultivar la pulcritud. Deberíamos ser siempre conscientes de la pulcritud, pues es de muchísima ayuda para respetarse uno mismo. Después de la pulcritud, viene la elegancia, la cual es una combinación de calidad, adaptabilidad y moda que está al alcance de todos los que poseen buen gusto e inteligencia. Esto no significa necesariamente vestir de acuerdo con la última moda, porque la moda significa, con frecuencia, ponerse en ridículo para que a uno no lo juzguen ridículo.

Cuando en lugar de decir: «Hoy tengo mucha pereza», convertimos nuestro letargo en positividad diciendo: «Debo hacer algo para salir de esto», descubrimos que tenemos más energías que si hubiéramos

cedido ante esa pereza. Debemos procurar convertir nuestra negatividad en positividad. Debemos hacer que todo sea positivo y valemos para ello de nuestros deseos, fuerzas y esfuerzos. Si hay una persona que en una reunión está deprimida, puede también deprimir a todos las demás. Pero si entramos diciéndonos: «Esto no puede seguir. Soy fuerte; puedo modificar esto siendo positivo», el clima de esa sala cambiará. No debemos consentir la negatividad. Gana quien es más fuerte. Si quien es más fuerte proyecta negatividad, entonces la negatividad gana. Cuanto sea más fuerte afecta a lo más débil. Una multitud puede hallarse al borde del pánico, y una persona fuerte, mediante la proyección de su confianza, puede detener ese pánico. En un grupo de personas que están tratando de trabajar, *una sola* puede entusiasmar a todas. No podemos esgrimir la excusa de que en el grupo hay alguien que los deprime a todos, pues una sola persona puede cambiar al resto. Supongamos que usted se dirige a una de ellas y le dice: «¡Hola!» Usted puede decirlo de tal modo que modifique el estado de ánimo de aquella. Luego se dirige a la siguiente, o incluso le sonríe. Si usted es bastante fuerte y positivo, hará que esa persona cambie, y lo hará de manera sucesiva con las otras cuatro. La gente *no puede* ser negativa en presencia de alguien que es realmente positivo.

La negatividad sobreviene cuando sentimos o vemos algo feo, sucio o vil, y permitimos que ingrese en nosotros. Deberíamos reconocer y medir la negatividad, pero sin permitir que ingrese en nosotros. La negatividad disminuye cada vez más si impedimos su ingreso.

Nunca deberíamos deprimirnos por cosas que hicimos y ahora nos parecen malas. Nada es malo en sí mismo. La vida es una escalera; debemos poner nuestros pies en cada escalón y subir a partir de él. Bajar de escalón es malo; subirlo es bueno. Pero ningún escalón es bueno o malo en sí mismo. No hay nada que sea bueno o malo; existe lo positivo y lo negativo, de acuerdo con lo que hagamos. No debemos pensar tanto en nosotros ni en el pasado. ¡Perciba cuan emocionante es lo venidero! Eso es realmente emocionante.

La energía semeja celulitas que atraen en el aire a las demás del mismo género. Hay dos clases de energía: la positiva y la negativa. Sabemos qué es lo negativo y qué es lo positivo. Debemos enfrentarnos con lo que pensamos. Si lo que pensamos es negativo, debemos decirnos: «Este es un pensamiento negativo. Tal vez sea agradable, pero no lo quiero». Después, si pensamos en otra cosa o leemos un libro, ese pensamiento se marchará. Esto será difícil hasta la décima vez, pero será fácil en la décimo primera. Debemos crear buenos hábitos. Es tan fácil crear hábitos buenos como hábitos malos. No podemos saber qué es bueno o malo, pero podemos reconocer las acciones correctas y las acciones equivocadas.

La gente suele echar la culpa de su estado mental a las influencias externas. No hay influencias externas; hay solamente influencias internas. Si alguien es negativo con nosotros, eso no puede afectarnos mientras se mantenga fuera. Sólo puede afectarnos si dejamos que ingrese y penetre en nosotros. ¿De qué otro modo puede afectarnos la negatividad de otra persona? Sólo puede afectarnos si la dejamos entrar o la introducimos en nosotros. Entonces, lo que era externo se torna interno porque nosotros mismos hicimos que lo fuera al prestarle atención.

Nunca nos cansamos si nos relajamos, pero nos cansamos muy pronto si tratamos de controlar nuestra atención. Nuestra atención no vagará si no tratamos de forzarla; entonces, acumularemos nuestra energía en lugar de perderla. Relájese y todo llegará. Nos relajamos cuando nos olvidamos de nosotros mismos. Podemos descansar valiéndonos para ello de nuestra sonrisa; entonces, todo el cuerpo se relaja y descansa de inmediato. Debemos aprender a relajar nuestros músculos, especialmente los de la parte superior de la espalda. Deberíamos tratar de sentir nuestra columna vertebral desde el cráneo hasta abajo; siéntala y contrólela. Entonces, no estaremos cansados. Sabemos que nuestro cuerpo tiene un límite y que se cansará si lo traspasa. Sabemos que nos cansaremos si no nos sentamos erguidos. La culpa es nuestra si no nos sentamos erguidos y nos cansamos. Gobernamos nuestro cuerpo o es nuestro cuerpo quien nos gobierna. Podemos instruir a nuestro cuerpo

valiéndonos de nuestra fuerza de voluntad para que trabaje más. Tenemos que ir poco a poco.

Volver a inhalar el aire que exhalamos nos produce fatiga. Cuando estamos cansados y deprimidos, esto obedece a que estamos haciendo que regrese la energía que estamos expulsando. El remedio para esta clase de fatiga consiste en movernos: movernos mentalmente, es decir, dirigir nuestra atención lejos de nosotros mismos y hacer que ella siga una línea determinada y, si es posible, movernos físicamente con un propósito.

Debemos recoger nuestros sentimientos. Cuando tratamos de recogerlos, nuestra aura se fortalece. Cuando lo hace, los sentimientos negativos de los demás no pueden alcanzarnos. Sólo pueden penetrar el borde exterior de nuestra aura. No nos pueden tocar si nos recogemos frecuentemente y con fuerza. Se dice que Cagliostro podía derribar a una persona y lanzarla a un metro de distancia valiéndose para ello de su concentración y de la fuerza de su aura. En los Hechos de los Apóstoles se relatan cosas singulares: cuando alguien perpetraba algo contra los Apóstoles, moría de manera fulminante. Tal vez se trataba de un contragolpe de la propia negatividad de la persona. No podemos proyectarnos claramente cuando estamos cansados.

El temor es la proyección más potente y la fuerza más terrible del mundo. Obliga a los hombres a que busquen la felicidad, desarrollen civilizaciones e inicien guerras.

El temor respalda toda irracionalidad y todas las emociones caóticas que acosan a la humanidad. Los antiguos estaban al tanto de cuán poderoso es el temor; todos los libros sagrados reconocen esto. Debemos entender qué significa dejar al temor detrás. No debemos tener clase alguna de temor para entender la gran obra. El temor es la madre del odio.

Los odios pequeños crecen hasta convertirse en grandes odios. No podemos consentirlos más. Podemos llamarlos malos entendidos o darles el nombre que nos guste. Las guerras y todos los horrores provienen de ellos. Debemos librarnos de ellos. Entonces llegará la armonía.

Es probable que, cierto día, una persona evolucione y entienda aunque hoy sea negativa. Lo que veamos en los demás, lo horrible que veamos en los demás no importa. Hay un solo modo de ayudar a quienes odian: mostrarles amor y humildad verdaderos, pero con actos, no con palabras. Es probable que haya una fuerte reacción, pero eso finalmente funcionará. Todo el mundo tiene corazón; la persona entiende si se le toca el corazón. Escucha cuando ve que alguien es sincero. Sentirá la sinceridad, la veracidad y la honradez si se la proyectamos. Tal vez no pueda reconocerlas en ese momento, pero un día las reconocerá. Si somos honrados, fieles y sinceros con nosotros mismos, también lo seremos con los demás y ellos sentirán algo de eso. Algún día lo reconocerán. Debemos llegar a la gente más con los sentimientos que con las palabras. Todos tienen un lado bueno; no hay nadie completamente malo, como no hay nadie completamente bueno. Nadie es perfecto; de lo contrario, no estaría aquí.

Las personas no comprenden la fuerza formidable que la negatividad posee porque no quieren hacerse responsables de ella. No debemos alimentar emociones negativas. Alimentamos esta clase de emoción si tomamos a la tremenda nuestros aprietos. Si a algo que no queremos (por ejemplo, a la vanidad) le decimos: «Discúlpame», se marchará. Debemos tratar de flotar en la cresta de los problemas, sin chapotear en ellos. Es muy importante que nos mantengamos por encima de todo lo que nos incomode. Seremos nosotros mismos si nos sentimos alegres y felices.

¿Qué es «ser uno mismo»? Significa ser el yo positivo de uno mismo. La gente dice: «Nací con mal genio; yo soy así». Eso es, exactamente, *no* ser uno mismo. *Ser* significa «ser positivo». Ser negativo significa «no ser». La negatividad, el cero, el menos, por definición, *no* es. Una fuerza positiva, por su misma naturaleza, «se da». Debemos dar a fin de que seamos nosotros mismos: debemos dar atención, dar interés, dar cuanto podamos en todo momento. Entonces, somos nosotros mismos, tenemos «ser».

En primer lugar está el respeto; después, el amor; más tarde, la armonía. Primeramente debemos respetarnos. La caridad empieza

por casa; esto quiere decir: en nosotros mismos. Alguien que diga: «Soy estúpido, soy vulgar, soy malo», está blasfemando contra Dios, porque Dios está en todos. Es verdad que todos somos templos del Espíritu Santo. Cuando nos damos cuenta de que hicimos algo tonto, vulgar o censurable, deberíamos decir: «Esto está en mí; lo sacaré de mí porque no me pertenece; no obraré así porque me respeto, porque mi verdadero yo no se parece a esto». Cuando actuamos desacertadamente, estamos *actuando*, estamos comportándonos de una manera que no concuerda con lo que somos. No podemos *actuar* correctamente; sólo podemos ser: entonces, nuestro comportamiento concuerda con lo que somos. No deberíamos tratar de hacer cosas: deberíamos limitarnos a *ser*. Seamos nosotros mismos, amemos a Dios, seamos amigos de nuestro prójimo. Amistad significa estar atento a lo que nuestro prójimo necesita, y estar dispuesto a ayudarle. Decir: «¿Qué puedo hacer por mi prójimo?» equivale a pensar en uno mismo. Todo lo que se necesita es *ser*, estar atento, y ser generoso y amable. Entonces, actuaremos correctamente sin tratar de comportarnos bien. «Ser uno mismo» es obedecer a nuestra conciencia. La conciencia es nuestro reloj despertador.

Todos tienen tres clases de hora: la propia, la de la Naturaleza y la del Sol. Tenemos que poner nuestros relojes de acuerdo con la hora solar. Conciencia significa relacionar nuestra hora con las otras dos: la de la Naturaleza (o sea, la del mundo en que vivimos, la de nuestro prójimo) y la del Sol (es decir, Dios).

El tiempo existe solamente en este plano material. Una vez que alcanzamos el *ser*, no hay pasado ni futuro; solamente hay «ser». Cuando *somos*, *somos* en cada minuto. Entonces hemos hallado la libertad, la felicidad y la belleza. Y la belleza es amor.

Dios está dentro de nosotros, donde hay amor. Dios está dondequiera que veamos algo bello. Dios creó todo lo bello; el hombre es quien crea la fealdad. El amor real no se detiene ante una persona o ante un objeto; si el amor es real, sigue hacia Dios. Nada que sea real desaparece jamás. No es verdadero si desaparece. Lo que no es verdad desaparece siempre porque nunca existió.

Debemos olvidarnos de nosotros mismos. Cuando hallemos algo que sea bello, deberíamos perdernos en eso: esto es éxtasis. El éxtasis es la contemplación de la realidad. Es emoción real. El éxtasis es lo opuesto de la imaginación. Estamos experimentando algo que es real si vemos algo que es bello. Estamos viendo un hecho. Empequeñecemos y perdemos las cosas si las introducimos en nosotros. Perdemos nuestro yo pequeño y hallamos nuestro yo real si nos perdemos en cosas mayores que nosotros.

Debemos poseer una voluntad valerosa para ser nosotros mismos. Estamos tan imbuidos en nuestra propia actuación que no la notamos y olvidamos que todos los demás pueden ver lo que estamos representando. Los únicos que nos engañamos somos nosotros mismos. Podemos ser nosotros mismos si no actuamos. Eso es más cómodo porque no tenemos que recordar el papel que representamos anteriormente.

Deberíamos volver a nosotros mismos cada día y ser nosotros mismos sin imitación. Cada uno debería hallar en sí mismo lo que pueda hacer, aun cuando al principio lo haga mal. Todo el mundo debe trabajar y empeñarse en su trabajo. Todo el mundo debe *ser* algo mediante su trabajo. Punto primero: aspirar a conocerse; punto segundo: saber que uno no se conoce; y punto tercero: conocerse, ser uno mismo. Hallar algo que no cambie es encontrarse a sí mismo. ¿Cómo hemos de encontrarlo? Mediante lo que vemos en los demás. Lo que nos choca en los demás es lo que tenemos en nosotros mismos, y lo que respetamos en los demás es lo que tenemos también en nosotros mismos. Si reconocemos una cualidad en otro, eso significa que nosotros mismos la tenemos.

Si tenemos un defecto, sabemos que otro también lo tiene. Si percibimos que alguien es negativo, eso significa que estamos alimentando nuestra propia negatividad. Cuando ponemos un rótulo a algo, no lo ponemos a eso sino a nosotros mismos. Si hablamos negativamente de una persona, en realidad estamos hablando de nosotros mismos. Nos pintamos con los colores con los que pintamos a los demás. Cuando las personas dicen algo ofensivo acerca de nosotros, en realidad nunca es acerca de nosotros; están ha-

blando de sí mismas, porque sólo ven en los demás el reflejo de sí mismas. Por eso, si las personas dicen cosas desagradables acerca de nosotros, sólo podemos compadecerlas porque son tan mezquinas, aunque nuestra conciencia nos diga que, con algo que hicimos, provocamos sus comentarios. Nos identificamos con lo que ellas dicen porque nuestra conciencia nos dice que nosotros provocamos eso. Por ello, el temor que las personas sienten es imaginación.

Una razón de por qué es tan importante encontrar nuestro yo real es que nadie puede hacernos daño. Nadie sabe quiénes somos. Los demás pueden ver lo externo, pero no lo interno, el yo real. Debemos ser individuales y fortalecer nuestra alma. Tu alma puede fortalecer la mía, y mi alma puede fortalecer la tuya. Veinte personas fuertes podrían transformar el mundo: individuos puros, buenos y fuertes. Podría haber paz, siempre paz y armonía, si sólo hubiera veinte hombres que comprendieran y practicaran la armonía.

¡Todo es tan sencillo y dentro de nuestro alcance! Somos nosotros quienes lo complicamos. ¿Por qué no comprendemos que todo consiste en que seamos nosotros mismos, en que seamos reales? Pero ni siquiera comprendemos esas palabras. Ser nosotros mismos: he aquí el trabajo. El trabajo empieza cuando aprendemos a separarnos de lo que nosotros no somos y cuando le tomamos el gusto a nuestro yo verdadero. ¿Por qué hacemos eso? No para complacernos, sino a fin de tener algo real y limpio para ofrecérselo a Dios. Cristo dijo: «Deja todo lo que tienes y sígueme». Esto no significó que deberíamos dejar todas las circunstancias de nuestra vida. Lo que quiso decir es: dejemos lo falso de nosotros mismos y seamos nuestro yo real. Sólo el yo real puede seguir a Cristo.

CAPÍTULO II

El matrimonio es una cruz, ¡y muy pesada! De ningún modo es dulzura total y hay mucho trabajo por realizar. Ambos cónyuges tienen que desprenderse de sus hábitos; su trabajo consiste en adaptarse mutuamente. El verdadero matrimonio es un estado en el que los individuos se hallan perfectamente polarizados, pues la mujer, si trabaja sobre sí misma, llega a ser más mujer, y el hombre, si hace lo propio, llega a ser más hombre. Quien se haya casado sabe qué difícil es crear un matrimonio armonioso y producir la verdadera unión espiritual que dure para siempre. La unión física pierde su atractivo en tres o cuatro meses cuando se convierte en hábito, pero en el plano espiritual se crean siempre nuevos lazos de unión, los cuales llegan a ser una fuente de felicidad que se renueva constantemente.

Cuando la mujer se casa, tiene el deber y la obligación de hacer completamente feliz a su marido, y éste tiene el deber y la obligación de hacer completamente feliz a su esposa. Cada uno es responsable de la felicidad del otro.

El hogar debería ser puro y santo. ¿Cómo se lleva esto a cabo? El trabajo de crear un hogar armonioso y feliz no corresponde al marido o a la mujer, ni depende de uno u otro: es el trabajo de Dios. Por ello, quienes se casan asumen grandes responsabilidades, pero reciben bendición y gracia, o sea, si realizan el trabajo de Dios, el cual es verdaderamente santo. Las parejas casadas tienen la obligación de enseñar a sus hijos a proyectar armonía, pero con actos, no con palabras.

Cuando una mujer se casa, deja de ser la señorita Fulana de Tal y se convierte en la señora X. Tiene que olvidarse de sí misma a fin de vivir para su marido. Aquí empieza el verdadero trabajo: *olvidarse de uno mismo*. La esposa nunca debería separarse de su marido. Debe adivinar sus pensamientos y satisfacer sus deseos, aunque la fatiga la abata, y aunque obrar así signifique para ella más

trabajo y esfuerzo. Y en la medida en que el marido sea realmente más hombre, más cuidará, respetará y protegerá a su esposa. ¿Cuántos jóvenes enamorados quieren casarse, pero ella tiene problemas familiares y él problemas económicos? Asumen este problema con seriedad y muy correctamente, pero, ¿qué es más importante: trabajar por un sueldo o por aquello que no procura dinero pero es el trabajo de Dios? Cuando hay amor real no hay problemas; los únicos que los crean son la vanidad y el egoísmo. Cuando dos personas se casan, se comprometen ante Dios. Cuando se divorcian, no sólo quebrantan lo que prometieron a Dios y lo que se prometieron entre sí, sino que destruyen algo que ha crecido entre ellos. La mujer que se entrega a un hombre, le da algo más que su cuerpo; le da parte de ella misma para siempre. Lo que ella da a su marido y lo que éste le da los ata y unifica.

La química del cuerpo «colorea» nuestras irradiaciones. Cada persona tiene una química diferente. Esto explica la atracción, el rechazo y la indiferencia que existe entre las personas. Deberíamos recordar que, para aquellos cuya química nos desagrade, la nuestra es igualmente repelente. Debemos trascenderla; entonces, la dificultad no volverá a presentarse. Las personas se atraen entre sí si su química es diferente y se complementa. Las partículas de su química se intercambian hasta equilibrarse. Después, la atracción cesa y las dos personas son mutuamente indiferentes. Por esta razón, los matrimonios cuya base es la atracción física fracasan siempre.

Si un matrimonio es solamente resultado de atracción física, la sexualidad, que ese matrimonio despierta, se une y asocia con las reacciones químicas. Cuando marido y mujer dejan de intercambiar partículas químicas mediante irradiación, se sienten atraídos hacia otras personas y hacia la sexualidad de éstas. Sin embargo, si las personas se casan por atracción recíproca de una categoría superior, se aman de verdad y su sexualidad responde a amor real, no a reacciones químicas. Crecen y son más naturales, y ambos se ayudan a crecer. La sexualidad debe ser reprimida cuando despierta antes o fuera del matrimonio. Sin embargo, la sexualidad nunca

debería ser reprimida porque es peligroso reprimirla. El resultado de esto es toda clase de trastornos físicos y emocionales. La sexualidad no depende de la química. El hecho de que el hombre sea hombre y la mujer, mujer, es suficiente para despertar la sexualidad. Naturalmente, esto no significa que las personas deberían casarse aunque su respectiva química se rechace una a otra. En esto deberían obedecer a su instinto, pero recordando que la imaginación puede hacerles creer fácilmente que la atracción física es afinidad mental y espiritual, mientras no tiene conexión alguna con ella.

Sería muy importante enseñar a los jóvenes acerca de las irradiaciones. Si entendieran lo que verdaderamente sucede en el matrimonio, después no tendrían que reprimir su sexualidad en relación con otros que no son sus consortes. El marido y la mujer que tienen relaciones sexuales con otros que no sean sus cónyuges se causan un gran daño. Dividen la corriente de sus irradiaciones más finas y reciben, a cambio, irradiaciones mixtas y, como resultado, su alma se debilita. Al morir, su espíritu tendrá un vehículo inadecuado para que se adapte a su nuevo estado. Además de dañarse a sí mismos, el esposo y la esposa que son infieles se dañan recíprocamente, pues roban de la reserva de energía sutil que el matrimonio acumuló.

La promiscuidad es la fuerza negativa del instinto. Es la conexión con lo que es bajo. Cuando marido y mujer son uno solo, existe la máxima conexión, el máximo acto creador que podría tener lugar, porque es una conexión pura con una finalidad real. Tenemos que ser puros para crear algo que sea puro.

La castidad consiste en vigilar cuidadosa y constantemente nuestros sentidos físicos y espirituales a fin de mantenerlos puros e inmaculados ante Dios. Los casados deberían tener cuidado de no embriagarse con el vino de su propio barril.

Cuando efectuamos conexiones reales con las personas, y cuando nuestra influencia las ayuda, si quien obra así es un hombre, se vuelve más varonil y, si es mujer, se vuelve más femenina. El hombre que ayuda a su esposa y a sus hijos para que se desarrollen, puede decir: «Esta es mi esposa, estos son mis hijos». La mujer que

ayuda a su esposo y a sus hijos para que se desarrollen, puede decir: «Este es mi esposo, estos son mis hijos». Ella no puede decir que los formó, pero todos saben que sí. Si efectuamos una conexión real con alguien, no importa quién sea, toda influencia que ejerzamos sobre esa persona es nuestra, aunque no podamos decir: «¡Fui yo quien lo hizo!». No podemos proclamar ese hecho para que los demás lo oigan, pero tenemos la satisfacción interna de saberlo. Es una satisfacción espiritual. La más leve influencia es duradera; no podemos saber sobre cuántas personas podemos influir, ni hasta dónde puede llegar nuestra influencia.

Es necesario que purifiquemos nuestros pensamientos de todo lo que los agobie a fin de que recibamos inspiración real. Es un trabajo difícil pero, después, nuestra mente se eleva hasta un punto en el que un pensamiento de categoría superior puede tomar contacto con ella. Sin embargo, si nuestro pensamiento no está purificado, lo que pueda parecer inspiración es solamente imaginación.

La sexualidad de una persona normal y sana proporciona la energía para todo trabajo creador, sin que sea reconocible como energía sexual. La energía sexual reconocible como tal es resultado de pereza. Esto significa que no nos hemos entregado suficientemente al trabajo como para utilizar nuestra fuerza creadora. El trabajo creador no significa necesariamente componer música o pintar cuadros. Un ama de casa, que limpia una habitación, está realizando una labor creadora, pues está creando orden y armonía en su hogar. Es un trabajo tan importante como el de un artista, pues aunque este último pueda llegar a afectar inmediatamente a más gente, nada es más intenso que la influencia de un hogar. La influencia de una mujer afecta no sólo a su esposo y a sus hijos, sino también a todas aquellas personas con las que ellos entran en contacto a largo de sus vidas. Por esta razón, sería tan importante que la mujer sólo reflejase influencias puras y armoniosas. Ella es la que selecciona las influencias que se derraman desde el entorno dentro del hogar; ella selecciona y refleja aquéllas que convienen a su propio modo de ser.

Dios creó todo limpio; el hombre es quien ensucia las cosas. Adán y Eva eran puros porque fueron hechos por Cristo. El fruto del árbol estaba sucio. El conocimiento del bien y del mal significa que ellos aprendieron acerca de lo que estaba limpio y lo que estaba sucio. Nada ni nadie puede destruir lo que es puro en nosotros. La luz lo pondrá de manifiesto y mantendrá su calidez. Jamás debemos trabajar en la oscuridad. Las cosas sucias se hacen en la oscuridad, y las cosas limpias al aire libre.

No debemos basar nuestra vida en lo material, puesto que el resultado continúa después de que hayamos abandonado la materia. El espiritismo es criminal por esta razón. Cuando muere alguien que se halle muy apegado a su cuerpo físico, su alma es atraída por irradiaciones químicas y permanece atada a este plano, sin desintegrarse, y de ese modo impide que el espíritu se libere. Las personas que practican el espiritismo llaman a estas almas, las atan aún más firmemente a este plano, y les dan la oportunidad para que se manifiesten. Esto encadena sus espíritus. Los únicos espíritus que pueden ser llamados, para que se manifiesten en el plano físico, son los que se identifican con el mundo físico. Tal vez se identifiquen con un deseo de ayudar, sin haber descubierto que, identificándose, nadie puede ayudar en esta vida. Esto explica el elevado tono moral de muchos mensajes de espíritus. Muchos de los que así se denominan provienen del subconsciente del médium: si éste es una persona altruista, «los mensajes» serán de tono edificante. Nueve de cada diez «manifestaciones de espíritus» se deben a engañosas, manipulaciones, sugestión o una u otra forma de hipnotismo. Pero en los casos de manifestaciones genuinas, el único medio con el que podemos «efectuar una comprobación acerca de esos espíritus» no es, como muchos creen, porque esos mensajes sean edificantes o no, sino estableciendo si fueron provocados mediante sesiones espiritistas o mediumnidad, o si son producto de una respuesta de Dios a una plegaria.

Deberíamos elevar los espíritus, no hacerlos descender. Si hacemos que un espíritu descienda, es probable que se pierda cuando se remonte hacia lo alto. Podemos ayudar a los espíritus

con nuestro rezo a Dios. Nuestras plegarias son alimento para los espíritus. Debemos ayudarlos y rogar por ellos, pero jamás hacerlos descender. No debemos perturbarlos ni apartarlos del sitio en el que deberían estar.

Sólo los espíritus libres —los santos y los hombres superiores— pueden hablar con personas que aún están vivas. Ellos llegan como revelaciones. Las revelaciones reales de los espíritus libres jamás se realizan en la oscuridad ni implican la pérdida de la consciencia por parte de quien las recibe. Por esta razón, en todas las representaciones religiosas de espíritus que se manifiestan, la «visión» es circundada por una luz o una aureola brillante, y a la persona que recibe la visión o la comunicación se la describe en estado de consciencia elevada.

Hay muchos espíritus rastreros que tratan de entrar en contacto con personas de esta Tierra. Sólo pueden hacerlo mediante personas rastreras y *únicamente* si se los llama. Ellos no tienen permiso para hacerlo, a menos que se los llame, pero puesto que Dios nos dio el libre albedrío, ellos vendrán si queremos llamarlos. Si llamamos a un espíritu elevado o pensamos en uno, el pensamiento se dirige primeramente a Dios; después, si ésta es la voluntad de Dios, Él envía ese pensamiento al espíritu. Esto lo podemos entender si pensamos en Dios como el cerebro del Universo. Cualquier estímulo que ocurra en el cuerpo humano se traslada al cerebro, y éste emite entonces un mensaje a la zona estimulada y, a veces, a una zona correspondiente. Todos los pensamientos, buenos o malos, se encauzan directamente hacia la mente de Dios, permanecen allí para siempre, y serán usados para juzgarnos. Todo lo que el cerebro humano recibe se almacena en los registros de la memoria y forma la base de nuestras reacciones o juicios subsiguientes. El hombre fue formado a imagen de Dios, de muchos más modos de los que conocemos.

Los espíritus libres pueden ascender y descender entre el Cielo y la Tierra, como los ángeles en el sueño de Jacob. ¿Con cuánta frecuencia nos damos cuenta de que existimos dentro de la consciencia de esos espíritus? La cuarta dimensión interpenetra las

tres dimensiones¹, en las que tenemos nuestra existencia física: en el mundo limitado e ilusorio. La cuarta dimensión es consciencia, luz y realidad.²

¹ Materia, espacio y tiempo.

* ver Introducción de *Un Nuevo Modelo del Universo*, de P. D. Ouspensky, Editorial Kier, S.A.

CAPITULO III

Hay un trabajo que ha tenido muchos nombres. En el siglo I, se lo llamó el Trabajo de la Fe; en el siglo XII, el Trabajo de las Obras; en el siglo XV, el Trabajo de las Leyes; y en el siglo XVIII, el Trabajo de la Razón. En nuestra época, se lo debería llamar el Trabajo de la Armonía. Es mucho mayor que el trabajo de cualquier hombre; es el de todos los seres elevados juntos. Cada uno contribuyó con algo.

Nuestro trabajo es armonía en todo; es ser honrado, veraz y sincero. La veracidad debe provenir de nosotros. La sinceridad debe provenir de los demás. La honradez proviene de lo alto. La veracidad existe por doquier, excepto en nosotros, de modo que tenemos que trabajar para ganarla. La sinceridad debe provenir de los demás, pues debemos capacitarlos para que sean sinceros con nosotros. La honradez proviene de lo alto; es la fuerza que Dios nos da. La honradez es consideración y voluntad.

Nuestra primera medida debe ser la consideración con los demás. La consideración se parece a un plato en el que primero debe servirse todo lo que comemos. Honradez es pensar que los demás tienen las mismas posibilidades y los mismos defectos que nosotros. Al ser veraces, sinceros y honrados, llegamos a ser humildes, pues nos damos cuenta de que no somos nada y, al mismo tiempo, lo tenemos todo.

La sinceridad consiste en que reconozcamos nuestros verdaderos sentimientos. Esto no significa que tengamos que revelarlos a los demás, pues a menudo no es honrado obrar de ese modo. La honradez consiste en tratar a las personas de manera que no las hiramos. Herir a la gente y herir sus sentimientos son cosas muy diferentes; a veces tenemos que herir sus sentimientos a fin de no herir su yo. La veracidad consiste en entender las leyes y vivir de acuerdo con ellas.

Es necesario ser veraz a fin de hallar el significado de las cosas. Sólo con veracidad podemos descubrir nuestro ser o nuestra impor-

tancia. El sentido interior de todo podemos descubrirlo descubriendo nuestro ser. La veracidad es el instrumento con el que descubrimos la verdad superior y, por lo tanto, el camino hacia la verdad de la vida es la veracidad. ¿Y después? Para saber qué hay en el plano de la veracidad es necesario haberlo alcanzado. Todos tenemos poderes que podemos emplear cuando amamos a la verdad.

Nuestro trabajo es tan puro que debemos liberarnos de este presente de cosas materiales. Debemos tratar de elevarnos siempre • Mi el espacio. Cuando tengamos esa sensación, no la perderemos lamas. Es un trabajo maravilloso que nos llena de alegría. Si el trabajo no es alegre, no es correcto. Es bello porque une todo y lo eleva.

El trabajo es la verdad; no nos damos cuenta de cuan elevado es. Estamos para darlo sencillamente. Sin embargo, lo complicamos. Cicla cuestión tiene su respuesta en nuestro trabajo y se la simplifica para que la entendamos. Veremos cuan sencillo es esto si somos francos y objetivos. El trabajo está percibiendo y satisfaciendo los requerimientos de la vida diaria corriente.

Sólo hay una escuela: la de la verdad. Las sectas usan rótulos porque sólo conocen la verdad a medias. La verdad real no tiene nombre. La verdad se halla en todas las cosas. Nuestro trabajo concierne a todas las religiones; es comprensión verdadera. ¿Cuál es la diferencia entre el Cristianismo primitivo y el actual? Es lo mismo. El trabajo no puede ser nuevo, pero la verdad debe ser expresada siempre con un lenguaje nuevo. Las palabras de Cristo n'juardaron dos mil años para ser entendidas. Pueden entenderse de inmediato con pensamiento claro y mente limpia. Los Evangelios no fueron escritos solamente para gente de hace dos mil años. ' Hembre son una fuerza nueva, y nuestro deber consiste en relacionar la situación de cada individuo con cada pasaje de los Evangelios, ii iterpretándolo no sólo con la mente sino también con las emociones de nuestro corazón. El trabajo está siempre allí; no puede cambiar. i losotros debemos cambiar para descubrir el modo de expresarlo.

lodos tienen en sí la verdad de Dios, pero el problema radica 'n nue todos creen que la verdad que ellos ven es la única. Vemos

más en la medida en que sabemos que nuestra visión es limitada. ¿Por qué la gente quiere imponer sus ideas a los demás? Incluso quiere imponer sus propios gustos a los demás. Cuando tratamos de imponer a alguien lo que pensamos, no estamos enseñando; pero si tratamos de escuchar qué es lo que esa persona no entiende, estamos aprendiendo; entonces podemos «captar» a esa persona y podemos enseñarle. Sólo hay una verdad y la gente debe llegar hasta ella a su manera. Los intelectuales se marchan si se les impone algo; si a las personas sencillas se les impone algo, lo siguen ciegamente, y esto es inútil para ellas o para los demás. Si queremos ayudar, debemos hacerlo; podemos enseñar y ayudar, pero no imponer.

A fin de enseñar a los demás qué deben hacer, primero debemos saber qué deberíamos hacer nosotros. Quien no sabe nadar, no puede zambullirse en el agua para salvar a otros. Enseñar es entender; entender es aceptar; aceptar es comprender; y comprender es descubrir la verdad. Debemos usar la mente para hallar en nosotros la verdad, no para hallar imágenes de la verdad. El camino que conduce hacia la verdad es la sinceridad y la honradez. La verdad se reconoce por su claridad. Todo lo confuso es mentira. Pero tenemos que hallar la verdad en lo que es confuso. Todo lo verdadero es sencillo. Las cosas sencillas son verdaderas. Complicamos todo para acomodarlo a nuestra personalidad porque pensamos que las cosas son demasiado sencillas para nuestra mente magnífica.

Realmente, basta con querer ser honrado, veraz y sincero. Si decimos que lo somos, estamos juzgando. Pero si queremos serlo, estamos pidiendo ayuda y sabemos que la ayuda vendrá. La humanidad fue siempre inspirada y ayudada, desde el principio, rumbo a su meta. Hay un sitio en el que esa inspiración resuena, pero no podemos buscarlo fuera de nosotros. Debemos mirar dentro. Debemos hallar el sitio. Entonces, debemos dar, dar y dar. ¿Qué podemos dar? Fe y constancia.

Nuestro trabajo consiste en hallar y ayudar a quienes todavía no saben qué significa la armonía. Si damos verdad y sinceridad, quienes la quieren, oirán. En todas partes, millones de personas

están esperando y pidiendo la verdad. La sienten y la huelen. Esas personas vendrán. No debemos desanimarnos por quienes no vengan, pues no tenemos derecho a imponer nada a nadie. Debemos ser tolerantes y benévulos con todos; es nuestra obligación. Nuestro verdadero trabajo es con paciencia, tolerancia y constancia.

Las personas acuden a nosotros con la esperanza de que les digamos lo que ellas ya conocen en su corazón. Si las dejamos hablar, dirán de qué se trata y qué ven claramente por sí mismas. Si les hablamos de nuestras ideas, les estaremos diciendo lo que nosotros necesitamos, no lo que ellas necesitan, y se decepcionarán. El modo correcto de ayudarlas consiste en decirles lo que ellas quieren y darles confianza para que descubran por sí mismas lo que deben hacer. Nunca sabremos qué personas son si no observamos lo que dicen. Si pensamos: «Tengo que escucharlas», jamás lo sabremos. Si pensamos: «¿Qué tratan de decirme?», entonces lo sabremos.

¡Podemos decir tanto con una sola palabra! Una palabra tiene muchos significados. Podemos hacer felices a las personas con una palabra y herirlas con una palabra. Jamás debemos decir a una persona lo que ella es en realidad, sino solamente lo que ella pretende ser o no es. Nadie puede trasponer ese límite; es sagrado lo que una persona es en sí misma.

Debemos hablar de un modo que todos puedan entendernos. Cuando hablamos con las personas, debemos trabajar muy rápidamente. Debemos acostumbrarnos a percibir si están preparadas o no para lo que queremos decir, si pueden aceptarlo en ese momento o, si decirlo, les causará daño. Cuando queramos decir algo, deberemos preguntarnos: «¿Esto es justo? ¿Conozco realmente su estado mental en este momento?» Tal vez sea sincero hablar a alguien con severidad, pero si juzgamos que eso le afectará, no seremos justos si le hablamos de ese modo. Cuando queramos ayudar a los demás y, al mismo tiempo, sepamos que eso podría perturbarlo, deberemos olvidarnos de nosotros mismos y hablarles sólo por su bien.

Es verdad que debemos devolver bien por mal; no obstante,

debemos tener cuidado y no dar demasiado a quienes nos perjudicaron porque, si obramos así, les haremos daño y los induciremos a creer que tenemos la obligación de hacerles bien. Esa no es una obligación.

Podemos encontrarlos con todos, pero esto no significa que debamos invitar a todos a vivir en nuestra casa. Debemos ayudar a las personas de sentimiento puro, pero eso no significa que debamos ser simpáticos. Nadie evoluciona dando muestras de ser bondadoso, pues eso debilita a la gente. Hay verdadera bondad cuando a la gente «la ponemos en su lugar». Tal vez esa gente diga que esto es ser rudo. ¡Con cuánta frecuencia reprendemos a nuestros hijos, y después nos echamos a reír! Sin embargo, cuando hicieron algo malo, ¿qué bien les haría hacerles creer que estamos encantados con ellos? Esa no sería verdadera bondad. Nuestra reprimenda no fue bondadosa para ellos; pero lo fue desde nuestro punto de vista, no desde el punto de vista de ellos.

Debemos permanecer en estado de alerta todo el tiempo. Si una persona no puede digerir más conocimiento, es inútil que le demos más. Pero si la que sigue tiene hambre (de conocimiento), debemos darle lo que necesita. Cuando queramos dar una idea a alguien, deberemos saber cuán preparada está esa persona. Si vamos a plantar una semilla, debemos saber si la tierra está fertilizada o no. Si no lo está, debemos fertilizarla.

Vemos pasar a alguien y lo que debemos darle es comprensión. Es bastante fácil darle dinero o un saco viejo. El deseo de ayudar a los demás aumenta viendo lo que ellos necesitan. Cuando realmente vemos lo que ellos necesitan, entonces no podemos tardar en ayudarlos. Debemos trabajar para estar sintonizados con los demás. Si confiamos en las palabras de los demás, podemos ayudarlos. Cuando hablamos con la gente debemos tratar de darle la impresión de que todo lo que decimos proviene de ella. Jamás debemos imponer, jamás debemos ordenar, jamás debemos forzar. Si pensamos que se necesita algo y tratamos de darlo, eso es diferente. El amor es la única fuerza capaz de hacer que la ayuda sea real.

Las personas no se entienden entre sí. No ven que todas son iguales: todas atraviesan las mismas dificultades, molestias y enfermedades. Nadie es mejor ni peor. Todos tenemos que pasar por eso. Todos estamos en la misma balanza. Recibiremos todo lo que demos. Los demás nos respetarán si los respetamos, y los demás nos comprenderán si los comprendemos. Recogemos todo lo que damos: de igual tamaño, de igual color y de igual calidad. Tenemos que aprender a dar y recibir. Es más difícil recibir que dar, pero tenemos que aprender.

Cada contacto debería ser un trato. Es un trato si sonreímos a alguien y éste nos devuelve la sonrisa. Lo mismo ocurre con ser sinceros. Tenemos que ser honrados en estos tratos; deberíamos sopesarlos muy cuidadosamente, pero no lo hacemos porque perdemos demasiado tiempo pensando en nosotros mismos. Podemos ayudar cuando somos sinceros y cuando decimos lo que realmente sabemos. Si sabemos más que los demás, eso los ayudará; si sabemos menos, eso también los ayudará. Ayudar es un ciclo; sólo podemos ayudar a las personas si éstas nos ayudan. Todos debemos trabajar: trabajar con amor, trabajar con armonía. Pero tiene que ser armonía real, no solamente palabras; no con prédica sino con acción. Amar a nuestro prójimo es fácil, pero hacer que nuestro prójimo nos ame y actuar de modo que pueda amarnos, no es fácil en absoluto.

No podemos dar hasta que tenemos. La armonía es paz. Debemos sentir la paz a fin de darla. No sólo tenemos que trabajar espiritualmente sino de todos los modos que sean necesarios. Debemos amar: amar con rectitud y sencillez. No basta que un solo hombre demuestre amor; muchos hombres deben demostrarlo. ¿Y cómo podemos demostrar lo que no tenemos? He aquí por qué debemos olvidarnos de nosotros mismos y dar. No debemos pensar en nosotros mismos ni si estamos diciendo lo correcto. Podemos ser más accesibles con las personas pensando en *ellas*. Debemos sentirlas, sentir lo que necesitan. Hay una llave maestra que abrirá a todos: la bondad, precisamente la bondad.

No es culpa nuestra si no entendemos los puntos de vista del

otro, pero tenemos que respetarlos. Debemos ser bondadosos y tolerantes con todos. Ese es nuestro deber, nuestro verdadero trabajo. Siempre hay algo recto, bueno y limpio en todos. Debemos descubrirlo, pero no forzarlo. Debemos tratar de ponerlo de manifiesto. El único modo de poner de manifiesto lo bueno de la gente es no pensar en nosotros mismos. Debemos recordar que nuestro trabajo consiste en poner de manifiesto lo mejor en todo. Si somos positivos, podemos usar para eso todo lo que nos rodea.

Hay idiotas donde hay discusión. El sabio da su sabiduría poco a poco y, si no es aceptada, guarda silencio.

Tenemos que aceptar los errores de nuestro prójimo a fin de poder aceptar los propios. Por ejemplo, la esposa que ve los errores y defectos de su marido, tiene que aceptarlos porque están en ella, en la imaginación de ella. Tal vez no sean absolutamente defectos sino algo muy grande que ella no entienda. Dios le dio el esposo para que ambos, juntos, lleven todo a cabo. Si hay errores, no es culpa de él ni de ella. Ella debe ayudarlo para que afronte la vida y debe aceptarlo como es, con todos sus defectos, a fin de aceptarse ella misma como es. Debemos aceptar a todos, y aceptarlos con nuestro corazón. Villon dijo: «He aquí mi monarquía." me tragué toda mi vergüenza». El se había aceptado a sí mismo. Esa es la pildora del hombre astuto. La máxima felicidad es la aceptación. Es ser tan humilde que nada de lo que se diga, ni la crítica ni el elogio, pueda herirnos. Ser capaz de aceptarlo todo con humildad: esta es la felicidad máxima.

Debemos asumirlo todo. Si el marido se fastidia con su mujer, ésta asume ese fastidio, lo acepta y ambos se acercan más. Si él le muestra afecto y ella lo asume, ocurre lo mismo. No podemos juzgar, pues no sabemos qué es bueno o malo. Si asumimos todo lo de los demás, seremos felices; nadie podrá quitárnoslo porque será nuestro, lo habremos hecho propio. Podremos hacerlo todo, pues estaremos cerca de Dios.

No deberíamos irnos a dormir hasta haber perdonado a todos, incluso a nuestras tentaciones y a nosotros mismos. Debemos irnos siempre a dormir limpios mediante el perdón. Cuando muramos no

estaremos con los santos ni con los ángeles; estaremos con los que perdonamos y con los que nos perdonaron. Hay amor donde hay perdón. El perdón es humildad. Hay amor donde hay humildad. No hay condena donde hay amor porque sentimos que no hay que perdonar nada.

El remordimiento y el amor son lo mismo. El remordimiento es verdadero amor o, más bien, el amor es goce y el remordimiento es dolor. Si estamos realmente despiertos, sentimos un remordimiento proporcional a la herida que causamos a los demás: ese es el pago.

No hay conocimiento cuando hay separación. La civilización evoluciona cuando el pueblo se une para ver qué está faltando y proveerlo según las necesidades de cada uno. En la actualidad no hay civilización porque la gente se une para dañarse entre sí.

Si actuamos de acuerdo con un papel, no heriremos a nadie. Por ejemplo, cuando un pintor viene a enseñarnos y nos dice que es útil sostener el pincel de cierto modo y que las líneas principales deberían ir de tal y cual manera, está ajustándose con nosotros a un papel, y nada de lo que él diga nos herirá. Después, de ahí en adelante, nosotros mismos pintamos nuestro cuadro. Cuando charlamos e intercambiamos ideas es a fin de que todos podamos crecer. Si estoy equivocado, dímelo; si estás equivocado, discutámoslo también. Entre nuestras ideas equivocadas y nuestras ideas acertadas nos acercaremos a la verdad. Debemos aprender a no personalizar las discusiones. Cuando conversamos debemos ser como los ajedrecistas y observar las oportunidades para aprender y observar qué movimiento nos enseñará más. Debemos evitar personalizar y herir si las personas no coinciden con nosotros, pues si personalizamos, nos estamos atando abajo, nos estamos volviendo terrenales y mundanos. Si somos realmente positivos al aprender, nos sentimos mucho mejor que si rechazamos nuestras oportunidades.

Tal vez pensemos que no ayudamos a nadie, ¿pero cómo sabemos si lo estamos haciendo o no? Aunque no podamos pensar en nada que decir, ¿cómo sabemos que nuestra sonrisa, la proyección

de nuestro anhelo de ayudar o el sólo escuchar con atención no es ayuda? Es ayuda. Probablemente, cuando pensamos que no tenemos nada que decir y nos sentimos desamparados, estamos ayudando al máximo porque entonces oramos a Nuestro Señor para que ayude por medio de nosotros. Cuando hablamos con una persona y no sabemos qué decir, no es el lenguaje el que en algún sentido importa; ni siquiera importa la experiencia de lo que aquélla piensa ni cómo vive, sino lo que verdaderamente sentimos hacia esa persona. Los resultados llegarán una vez que nos volvamos accesibles y demos nuestro yo real. Una vez que sentimos un formidable anhelo de ayudar a los demás, no importa cómo, y después nos olvidamos de nosotros mismos, de allí en adelante podemos decirnos que los demás fueron ayudados, aunque no recordemos qué dijimos y pensemos que no hicimos nada. Aunque no entendamos a alguien, pero pensemos: «Esta persona necesita algo. ¿Qué puedo darle?», ya le dimos amor. Y no hay nada que el amor real no cure. No podemos decir qué es lo que la gente necesita. No podemos saber cómo podemos ayudarla. Sin embargo, si damos positividad, ayudaremos de un modo que jamás conoceremos.

Podemos juntar cosas materiales, pero no podemos juntar amor. Si lo recibimos, tenemos que darlo nuevamente. Muchos dicen que están cansados de dar. Todos queremos recibir. Todos decimos que dimos y no recibimos, en lugar de decir que recibimos y, por lo tanto, debemos dar. No hay descontento en la armonía. La armonía es libertad perfecta. La libertad perfecta es amor real. El amor es libertad. Cuando pedimos, no amamos. Nadie pide nada para sí en el trabajo real. Hay que cuidarse siempre de quienes piden para sí, no importa qué razón den.

Nadie puede llegar a ser perfectamente desinteresado en este mundo, pero cuando somos realmente fuertes, realmente nosotros mismos, y ayudamos a los demás, entonces estamos cerca del desinterés.

Nosotros mismos no hacemos nada; los demás son quienes nos ayudan en todo lo que hacemos. Cuando entendemos que tenemos que ayudar a los demás y dar a los demás, entonces estamos

seguros, pues ya tenemos el sello de lo que ferimos que ser. Lo divino de nosotros quiere que lleguemos a ser lo que se supone que es. Lo divino de nosotros se concreta al querer ayudar a los demás, y esto es amor.

CAPITULO IV

Nada nos pertenece, con excepción del amor de Dios. Si lo tenemos, nos lo hemos ganado mediante nuestro amor al prójimo. Todo lo demás nos lo prestan para que lo usemos en favor de los demás. Hasta el alimento que ingerimos va a constituir nuestra sangre, la que junto con el oxígeno crea las irradiaciones que se dirigen hacia los demás. Por esta razón tenemos que cuidar lo nuestro para que esté disponible cuando otro lo necesite. Tendremos que dar cuenta de todo lo que no hayamos cuidado. Tenemos la obligación de requerir a los demás que respeten lo nuestro, del mismo modo que nosotros lo respetamos.

Si ordenamos nuestra casa para nosotros diciendo: «¿Esta es *mi* casa?», no la ordenaremos bien. Pero si recordamos nuestra responsabilidad de que tenemos que proyectar algo y dar algo mediante la impresión que nuestra casa causa a quienes entran en ella, nuestra casa estará ordenada con buen gusto. Tenemos que conectarlo todo. Si queremos que nuestra casa sea armoniosa, las cosas que hay en ella tenemos que conectarlas con su finalidad y con su entorno.

La clave de todo cuanto hacemos consiste en prestarle atención a la intención. Entonces, el más pequeño pormenor será correcto en relación con nuestro entorno material y con nuestras acciones. Entonces, nunca haremos algo para impresionar. «Que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha» significa que si hacemos algo bueno, deberíamos hacerlo por el bien mismo, no para que los hombres digan que somos buenos. Todo debe hacerse de corazón, sinceramente. Porque Dios conoce todo lo que está oculto y solamente de El tendremos nuestra recompensa. Si hacemos algo bueno y lo comentamos, lo perdemos; cualquiera podría haberlo hecho sin que nosotros obtengamos beneficio. Si procuramos retener algo para nosotros, lo perdemos. Esto se aplica a todo, incluso al dinero. Sólo tenemos dinero si lo gastamos, pues el dinero no

tiene valor en sí mismo. Pero debe ser gastado sabiamente. No tenemos derecho a derrocharlo, porque nuestro dinero no nos pertenece más que todo lo demás.

Si realmente pertenecemos a este trabajo, nada hacemos para nosotros y nada nos pertenece. Todo lo que tenemos pertenece a Dios, al trabajo de Dios. Cuando sabemos eso, somos libres. Libertad significa pertenecer a Dios.

Si lavamos nuestro cuerpo, no es para nosotros; es porque nuestro instrumento tiene que ser mantenido limpio para el trabajo de Dios. Hemos de tener biológicamente limpio nuestro cuerpo, y eso tampoco es para nosotros, puesto que nuestro cuerpo pertenece a Dios. Deberíamos cuidar nuestro cuerpo y recordar que es sagrado y puede servir a Dios. Si uno tiene una enfermedad, es una obligación tratar de curarla y, si no se cura, aceptarla.

La vida ascética puede ser de diferentes clases; puede ser un sacrificio a Dios, con intención pura, o puede ser por odio hacia uno mismo, lo cual es un vicio. Hay tanto sufrimiento en el mundo tal como éste es —sufrimiento que debe ser absorbido— que querer crearnos sufrimiento es una locura. Hay sufrimiento negativo y sufrimiento positivo. El sufrimiento positivo consiste en absorber el sufrimiento mecánico de los demás y recibirlo tan eficazmente que los demás no lo tengan. El sufrimiento negativo implica, de una forma u otra, más sufrimiento por parte de los demás y es siempre resultado de que la persona está psicológicamente dormida. El sufrimiento positivo implica un plano de la consciencia en el que no puede existir el sufrimiento negativo. El dolor se halla entre el sufrimiento negativo y el sufrimiento positivo, y puede ser absorbido por cualquiera de los dos.

«Deja tu cuerpo y ven» no significa que tengamos que olvidar al cuerpo. Debemos usarlo bien, pero recordar que tenemos que dejarlo. El cuerpo nos llevará hacia Dios o nos impedirá ir hacia El; esto depende del uso que le demos. Quienes voluntariamente sufren dolor obran así a fin de poner su cuerpo físico en el lugar que le corresponde y elevarse por encima de él. Tienen que estar en un plano superior para soportar el dolor. Libertad significa hacer que

el cuerpo obedezca al espíritu. No desagradamos a Dios cuando tratamos de obtener beneficios para el cuerpo, mientras esos beneficios sean puestos al servicio del espíritu.

El sacrificio no significa renunciar a todo lo que nos gusta a fin de agradar a Dios; significa librarnos de lo que es falso. La razón por la que a muchas personas les fascina la idea del sacrificio es porque lo confunden con el sufrimiento mecánico que ellas no quieren sacrificar. Ellas tendrían que admitir que eso no es nada encomiable sino, por el contrario, sencillamente, el resultado de que están dormidas.

¡Cuan poco pensamos en la muerte o en lo que va a ocurrirnos después de morir! Sabemos muy bien que no nos vamos a llevar el cuerpo con nosotros; por ello, deberíamos pensar en la parte nuestra que continuará después de que muramos. Nuestro cuerpo casi no es una parte nuestra tan importante como el alma; sin embargo, nos encargamos de alimentarlo. Si alimentamos nuestro cuerpo que, cuando muramos, sólo va a alimentar gusanos, ¡cuánto más deberíamos alimentar nuestra alma para permitirle que sea fuerte cuando abandone al cuerpo!

Todo lo que es real empieza con algo que es real, pero la imaginación corrompe la realidad. La imaginación desempeña un papel muy importante en el cuerpo físico. Si imaginamos que estamos cansados, lo *estamos*. Debemos recordar el papel que la mente desempeña en las acciones del cuerpo físico, especialmente en la sexualidad. No deberíamos confundir las emociones reales con las emociones imaginarias.

Las personas suelen estudiar y después añaden imaginación a lo que aprendieron. Si alguien creyera realmente, durante largo tiempo, que verá cómo una muñeca camina, llegará a verla caminar a su debido tiempo. Si tenemos un prejuicio, ya hemos imaginado lo que veremos y, entonces, no podemos ser accesibles. Debemos ser accesibles o, de lo contrario, nuestra imaginación mantiene nuestros prejuicios y preconceptos alrededor de nosotros y ellos se aterran a nosotros; entonces, veremos lo que imaginamos y jamás podremos ver lo que es real.

Hay tres clases de imaginación: la negativa, la mecánica y la positiva. La imaginación negativa consiste en ilusionarse con algo que no tiene posibilidad de concretarse. La imaginación mecánica consiste en crear una imagen de algo automático que vamos a hacer; por ejemplo, manejar un auto. A menos que primeramente lo imaginemos, no podríamos hacerlo; no podemos efectuar movimientos intencionales, a menos que primeramente los imaginemos. La imaginación positiva es creadora, como cuando un pintor imagina un cuadro que va a pintar y lo pinta. Si no lo pinta, estuvo soñando y su imaginación fue negativa.

Podemos controlar nuestros sentimientos mediante conexión. Podemos crear nuestras circunstancias, y los sentimientos se producen por conexión con las circunstancias. Muchos sentimientos los producimos nosotros mismos por lo que decidimos pensar. Siempre hay en nosotros muchas clases de sentimientos; nosotros debemos decidir cuáles hemos de reconocer y cuáles hemos de alentar. No debemos perder con risas lo que ganamos con lágrimas.

Es difícil generalizar acerca de los sentimientos, pues éstos dependen de la sensibilidad. Hay personas que pueden quemarse los dedos, sin sentir nada; otras sólo tienen que oír hablar de fuego para sentir que se quemaron. La imaginación es causa de muchos sentimientos. Los sentimientos son funciones. Si el órgano está limpio, la función es limpia. El órgano es el receptáculo que se recibió de lo alto.

«Yo» es una palabra sagrada. Habitualmente queremos decir «nosotros»: una hilera completa de «yoes». Debemos aprender a sacarlos de circulación. Si un «yo» siente algo y nos decimos: «Ese «yo» siente esto y aquello», es como si lo sacásemos de circulación. Otro «yo» siente algo, y a ése lo sacamos de circulación. Las personas no crecen cuando siguen hablando de sus «yoes». Si una gota de agua cae en el mar, ¿esa gota es la que da su nombre al mar o es el mar el que da su nombre a esa gota de agua?

La vanidad es negativa. Si reconocemos algo positivo que hicimos y nos envanecemos de ello, la positividad se perdió. Pero si, cuando reconocemos que hicimos algo positivo, inmediatamente pensamos

usarlo para los demás, seguimos convirtiéndolo en positividad. Cuando intentamos hacer algo —por ejemplo, escribir algo— para nosotros, para complacernos en ello o envanecernos de ello, inevitablemente algo anda mal, algo no funciona. Pero cuando tratamos de hacer algo en favor de los demás o en escribir algo que sea de provecho para los demás, entonces somos accesibles y recibimos ayuda.

Cuando hagamos algo bueno, deberíamos preguntarnos por qué lo hacemos. Cuando hacemos algo malo, sabemos porqué. Cuando hacemos algo bueno tenemos que estar muy atentos porque solemos hacer por engreimiento o vanidad lo que parece bueno. Podemos hacerlo todo con vanidad o sin vanidad. Puede haber vanidad cuando reconocemos nuestras obligaciones con los demás. Aunque trabajemos por dinero que no sea para nosotros sino para otros, esto puede ser por vanidad. Muchas personas adineradas *no* son reales: quieren demostrar que son lo que ellas no son. Su mente no está a la altura de las circunstancias. Viajan pero no saben descubrir porque no saben estar solas. No advertimos nada de lo que sucede alrededor de nosotros si estamos descansando sobre las plumas de nuestra vanidad. Hay ocasiones en las que todos nos sentimos muy solos, únicamente por vanidad: porque no estamos solos en nada. Jamás nos sentiríamos solos si amáramos a los demás y los comprendiéramos.

Nos creemos muy importantes y pensamos: «Yo quiero». Si percibiéramos nuestra situación real, entonces las cosas nos sucederían. Deberíamos dejar que nos sucedan, sin tratar de aferrarnos a ellas. Ellas nos sucederán si nos olvidamos de nosotros mismos. La importancia que nos damos es la que siempre está obstaculizándonos en todo. Debemos romper la cadena de nuestra importancia. Quien se cree importante no tiene importancia; quien se cree completamente carente de importancia, empieza a tenerla. Nunca deberíamos recordar que somos «Santiago» o «Juan», sino solamente que somos «nosotros». Entonces nunca estaremos perplejos, pues la perplejidad es producto de la falsa personalidad. Deberíamos tener muchísimo cuidado de no quedarnos perplejos

porque esto es vanidad. Es imaginación y un hábito malo.

La mayor parte de nuestros temores proviene de la vanidad. Tememos que los demás nos consideren estúpidos y que no nos entiendan más que nosotros. Podemos entenderlo todo, si queremos estudiar.

Cada persona tiene un cuadro mental de sí misma. Cuando nos vemos en una fotografía o en un espejo decimos: «¡Realmente, soy mejor que eso!» Nos tomamos muy en serio. Si nos olvidáramos un poco de nosotros mismos, tendríamos algún conocimiento.

La ansiedad es el peor prejuicio que tenemos porque proviene de la vanidad. El mal genio es un compuesto de vanidad e imaginación. Nos contrarían las circunstancias porque no podemos afrontarlas. Nos contraríamos cuando no queremos esforzarnos para afrontarlas.

La vanidad es nuestro peor enemigo. La vanidad nada hace por la cosa en sí, sino por el efecto que tendrá sobre los demás. Seremos libres cuando dejemos de pensar en nosotros mismos y en la impresión que causamos. Ya somos algo cuando aprendemos a escuchar a los demás y a olvidarnos de nosotros mismos. Pensamos que olvidarnos de nosotros mismos significa renunciar a algo que es agradable. No nos damos cuenta de que obrar así significa entrar en un nuevo estado de felicidad.

Todos son básicamente iguales. Todos tenemos los mismos problemas; todos éstos provienen de la vanidad. Nosotros conocemos la causa, pero muchas personas no. Ellas creen que la ilusión es realmente verdadera y nosotros sabemos que no lo es.

La tolerancia mata a la vanidad. Tolerancia no significa condonar cosas que nos parecen malas. Significa no reaccionar mecánicamente ante ellas. Si afrontamos todo lo nuestro sin formular excusas, entonces somos tolerantes. Si nos formulamos excusas, estamos reaccionando ante lo desagradable que vemos en nosotros mismos.

Hablar de mística a fin de causar impresión y hablar por hablar, es tan malo como la prostitución. Deberíamos preguntarnos todos los días por qué estamos aquí, por qué hemos recibido esta responsabilidad, por qué nos reunimos y por qué nuestro contacto es

tan fuerte. Es una gracia el hecho de que estemos juntos y en el Trabajo: en el Trabajo de los Trabajos.

El Trabajo está en cada uno de nosotros, está en la persona misma. Muchos piensan que están en el trabajo y no lo entienden. Otros, que supuestamente no están en el trabajo, estuvieron siempre en él. Nosotros no estamos todavía en el trabajo; no hemos empezado. Hay muchas personas en el trabajo, pero son invisibles. Si alguien está real y verdaderamente en el trabajo, esa persona es invisible.

Podemos entender lo contrario de la vanidad si pensamos en el proceso que tiene lugar cuando se mezcla el tabaco. Una mezcla tiene mejor sabor que cualquiera de las partes que la componen. Cada individuo pierde su sabor particular y adquiere el mejor sabor de la totalidad. Si entendemos realmente esto, es probable que nos angustiamos al darnos cuenta de que esto es totalmente deseable, que no se perderla nada que sea real y que, por el contrario, lo ilusorio y lo imaginario nos impiden experimentar una felicidad mucho mayor que cualquiera posible para nuestros muchos «yoes» insignificantes. La máxima felicidad que podemos experimentar en esta Tierra proviene de la humanidad, de manera tan completa que nada que nos digan o que se diga sobre nosotros podrá hacernos reaccionar con placer o con dolor. Cuando aceptemos cuanto nos sucede como una oportunidad para que aprendamos, entonces seremos realmente felices. Cuando se alcanza ese grado de humildad, ya no hay «yo quiero» sino solamente «nosotros somos». Esto es «recuerdo de sí».

¡Bienaventurados los puros de corazón; bienaventurados los humildes; bienaventurados los que hablan la palabra de Dios; bienaventurados los que están unidos en el nombre del Señor; bienaventurados los que abandonaron los temores y las vanidades!

CAPITULO V

La religión es una virtud que nos acerca a Nuestro Señor y una ciencia para fortalecer la voluntad. Es una ciencia que trata sobre muchas cosas. Es amor y es «recuerdo de sí». Es ser capaz de ver de afuera hacia adentro. No es una palabra que podamos entender con nuestra imaginación; debemos ponerla en práctica amando a la gente. Debemos descubrir nuestra imaginación y poner en práctica la religión siendo veraces, honrados y sinceros.

Religión es conexión con Dios mediante la ética. Nuestra conciencia nos dice que no hagamos daño a los demás. Eso es religión. Tal vez no hablemos de Dios pero, si vivimos según la ética, somos religiosos. La armonía y la belleza se rigen por el gusto e integran la ética.

El gusto puede desarrollarse con atención y conocimiento. Son muchas las circunstancias que pueden desarrollarlo. Quien tenga buen gusto no pecará jamás. Cuando tenemos gusto, queremos aprender, mediante lo más elevado, a llegar a la perfección. Damos a todo el valor exacto: vemos las cosas como son. Aprendemos a medir. Medimos nuestras palabras y tenemos gusto porque no condenamos. Cuando tenemos gusto, estamos viendo fuera de nosotros mismos, viendo todo, oyendo todo y tocando todo. Estamos viendo realmente. Ya no estamos en la imaginación porque la exageración no existe más. Somos equilibrados.

Cuando mejor es nuestro gusto, mejor es nuestra conciencia. La conciencia es una facultad que todos poseen, pero debemos darnos cuenta de que hay conciencias que no se desarrollaron. Si creemos que algo es honrado, deberíamos hacerlo. Hoy tal vez no sea honrado lo que hace un mes lo fue, porque nuestra conciencia se está desarrollando. La conciencia es la mejor facultad que tenemos. Todos tienen la misma conciencia, pero en algunas personas está más desarrollada que en otras. Por ejemplo: una persona puede creer que es desdoloroso estafar en un chelín, pero que no lo es

estafar en un penique; para otra, tal vez sea desdorado estafar en un cuarto de penique, porque su conciencia está más desarrollada. La sabiduría es el único modo con que podemos desarrollar nuestra conciencia. El entendimiento se parece a la luz; es una palabra muy amplia: significa conocimiento, tolerancia, conciencia y sabiduría.

Sabiduría es entender cómo hay que transformar las circunstancias para que sean útiles. Encararlas nos hace crecer: encararlas con todo lo que existe en nosotros, mirándolas con los dos ojos. Solemos mirar las cosas con un solo ojo; el prejuicio hace que cerremos el otro.

Estamos más limpios cuando tenemos tentaciones. Lavamos nuestras manos cuando notamos que están sucias. Entonces, están más limpias que antes. Nadie está siempre limpio de tentaciones. El hombre alcanza el plano de la Divinidad mediante la fuerza del mundo de los humanos. ¡Benditas sean las tentaciones porque nos fortalecen!

Deberíamos encarar nuestras responsabilidades y asumirlas. La responsabilidad semeja una cuerda de la que sólo podemos ver su parte media; ambos extremos están fuera de nuestra vista. El hombre que es confiable en lo pequeño, lo es en lo grande. Si alguien le dice que se encargará de despacharle una carta por correo y, no importa por qué razón, no lo hace, esa persona demostró que no es apta para ningún género de responsabilidad. Si no se nos puede confiar lo pequeño de este mundo, ¿cómo se nos pueden confiar los tesoros celestiales?

La coherencia es, para nosotros, una de las cosas más importantes. Se nos podría usar como instrumento si fuéramos coherentemente buenos, y también se nos podría usar, de un modo diferente, si fuéramos coherentemente malos. Pero somos inconfiables. Podemos ser útiles a los demás si sabemos decir claramente lo que pensamos. Quien puede expresarse claramente, piensa claramente. Quien piensa claramente, actúa coherentemente. Si las personas dicen que sienten pero no pueden expresar lo que sienten, no están sintiendo sino identificándose con eso.

Tenemos que obrar correctamente en toda circunstancia. Tene-

mos que obrar del mejor modo posible. Si stuviéramos obrando correctamente, nunca nos sentiríamos heridos. Si no estuviéramos obrando correctamente ni estuviéramos cumpliendo el trabajo de Nuestro Señor, entonces deberíamos sentirnos heridos. No debemos imaginar que estamos heridos cuando no lo estamos. Dejemos que lo pequeño sea pequeño, y ¡o grande, grande.

No debemos hacer bien que parezca mal, ni mal que parezca bien. Debemos intentarlo todo, pensar, aceptar, pensar por nosotros, medir por nosotros y eliminar lo que no creemos correcto.

Consciencia y conciencia son lo mismo. La consciencia es la percepción de nuestro entorno y de nosotros en él. La conciencia es la percepción de los efectos de nuestras acciones sobre nuestro entorno. Ella es un estado de alerta ante lo bueno y lo malo. Estado de alerta y percepción: ambos significan estar despierto y «recordarse». La conciencia es estado de alerta mental: de las tres partes de la mente que se unen en nosotros y forman la consciencia. La conciencia es insobornable; es lo mejor que tenemos. Es la continuidad de esta vida hacia la eternidad. Significa pensar y proyectar. No estamos aquí para hacer algo físicamente; tenemos que desarrollar nuestra mente. Eso nos hace crecer espiritualmente. Debemos desarrollar nuestra mente, pues su mayor desarrollo es proporcional al de la conciencia. Nada hay en este mundo que no podamos entender si usamos nuestra mente y tenemos voluntad para descubrirlo.

Tenemos una conciencia y una voluntad. La conciencia puede decirnos que no hagamos esto o aquello pero, sin la voluntad, no podemos obedecerla. La voluntad introduce la conciencia en el pensamiento. Tal como somos, lo que hacemos está predeterminado pero, si adquirimos voluntad, lo que hacemos no está predeterminado. Nuestros movimientos físicos están predeterminados; si caminamos, está predeterminado que primeramente movamos un pie y después el otro. Si decidimos sentarnos, está predeterminado que flexionemos las rodillas. Si estamos sucios, está predeterminado que sigamos estando sucios hasta que hagamos un esfuerzo para estar limpios y predeterminar que estemos

limpios. Controlamos nuestra respiración mediante una mente limpia. Si nuestra conciencia está sucia, estamos perturbados y nuestra respiración se perturba.

La conciencia es la voz del espíritu. El reconocimiento de la conciencia está en el alma. El cuerpo, por ser material, no puede reconocer a la conciencia. El puente entre la conciencia y el cuerpo es el reconocimiento: es el alma. El alma acepta y mira. Si vemos algo bello y nos damos cuenta de que lo es, he ahí cómo el alma opera. He ahí el «recuerdo de sí». Siempre es necesario efectuar la conexión entre el espíritu y el cuerpo; de lo contrario, solamente existimos sin «ser».

El primer paso consiste en saber que nosotros *somos*, que tenemos una mente. El segundo paso consiste en tener una conciencia, en reconocer la conciencia. El tercer paso consiste en conocer nuestro objetivo. El cuarto paso consiste en conocernos y ser humildes. Eso es real «recuerdo de sí». Al principio, podemos ser guiados, pero después del primero o del segundo paso, nosotros mismos tenemos que decidir si subiremos o bajaremos, pues Dios nos dio el libre albedrío y ni siquiera El puede obligarnos a que vayamos en alguna dirección. Somos nosotros mismos quienes tenemos que decidir. Tenemos que tomar decisiones constantemente porque carecemos de voluntad y de un centro permanente de gravedad. Nuestras posibilidades son los máximos recursos que tenemos. A fin de que nuestras posibilidades se concreten, no debemos dar pábulo a nuestras debilidades.

Toda acción es negativa cuando no hay voluntad. Sólo existe una voluntad; se parece a la luz que debemos seguir siempre; tiene que estar vibrando todo el tiempo. Esto lo hacemos queriéndolo. La voluntad es esencial para todos. Novamos a ninguna parte sin ella. Lo que podemos hacer con la voluntad es *ser*. Nadie puede darnos voluntad, salvo nosotros mismos. Puesto que Dios nos dio el libre albedrío, ni siquiera El puede afectarlo. El libre albedrío significa la capacidad para decir si emplearemos o no la pequeña voluntad que tenemos. El espíritu y el cuerpo no nos pertenecen, pero el alma sí, porque ella es voluntad. Lo único que realmente nos pertenece

es nuestra voluntad.

Todos tienen una voluntad, aunque nosotros tal vez pensemos que no tenemos ninguna. Una acción se consuma por una de estas dos causas: el impulso que la inició es lo bastante fuerte como para llevarla a cabo o tenemos bastante fuerza de voluntad para hacerlo. Consumamos constantemente acciones mediante nuestra propia voluntad, pero son tan pequeñas e insignificantes, comparadas con las acciones consumadas por fuerza del impulso original, que no las notamos. Además, somos más aptos para notar los casos en los que nuestra voluntad no es bastante fuerte como para consumir una acción que aquellos casos en los que la voluntad es bastante fuerte como para hacerlo.

La voluntad —la voluntad correcta— es lo más fuerte que existe. No podemos ser perfectos; es imposible. Pero tenemos que ser fuertes. Poseemos la clave: honradez, veracidad y sinceridad.

El modo de estar vivos consiste en ayudar a los demás para que estén vivos. Si nos olvidamos de nosotros mismos a fin de ayudar a los demás, tenemos atención. La atención exige voluntad. Nosotros mismos y el objeto de nuestra atención son dos factores; la voluntad es el tercero. Cuando los tres factores se juntan, el resultado es que estamos más vivos, somos nosotros mismos y tenemos «ser».

Podemos perder nuestro «ser» mediante el hábito de la mecanicidad. Nuestro «ser» disminuye si la voluntad se apega al cuerpo. La voluntad tiene que obedecer a nuestro «ser», no al cuerpo. Actuamos correctamente si lo hacemos desde nuestro «ser»; pero no estamos en lo correcto si nuestros «yoes» se interponen. Podemos hacer que nuestra esencia crezca y desarrolle nuestro «ser». Si tenemos «ser», tenemos alma porque, con el «ser», tenemos la voluntad. El trabajo de la voluntad consiste en hacer que la esencia llegue al «ser». Podemos desarrollar, con la voluntad, un «ser» mayor que aquél con el cual nacimos. A la semilla de la esencia la alimentamos con pequeños deseos hasta que éstos se convierten en anhelo. Sea lo que fuere que queramos, nosotros lo conseguimos. Si queremos *realmente* estar limpios, lo estaremos en ese instante.

Tenemos todas las posibilidades. Allí está todo si lo queremos con el centro real de nosotros mismos, no con el lado izquierdo ni con el derecho, sino con el centro real de nosotros mismos. Podemos hacerlo todo mediante la fuerza de la voluntad. Tenemos la gracia si tenemos voluntad. Podemos hacerlo todo por nosotros mismos mediante esfuerzo. Por supuesto, no en un plano material; por ejemplo, si no comemos, nuestra mente carece de fuerza.

La palabra «difícil» no debería existir en nuestro vocabulario. Ella introduce inmediatamente la imaginación y nos limita. Nada es difícil. Nada hay que sea difícil para el ser humano. Todas las posibilidades existen en nosotros, sólo que decimos: ¡Oh, no, eso es imposible!» ¡Debemos dejar de pensar en «peros» a fin de que nos transformemos! Tantas cosas son en nuestra vida «pero... pero... pero...». Seremos nosotros mismos si dejamos de decir «pero».

Debemos procurar reunir más voluntad valiéndonos de la voluntad. Eso no debe preocuparnos. La preocupación nos limita. Somos nosotros quienes nos limitamos. Todos estamos en igual situación. La preocupación no ayuda para nada y significa que estamos inseguros. Nada bueno puede derivar de eso, pues cierra nuestras percepciones sensorias. La exageración debida a preocupación produce inestabilidad. Tenemos formidables posibilidades, sin limitaciones, con excepción de las limitaciones que nosotros mismos nos imponemos. Somos la imagen de Dios. No somos conscientes de ello; he aquí por qué nos limitamos. Dios nos hizo a Su imagen para que seamos libres, estemos limpios y seamos felices. Podemos hacerlo todo porque Dios nos hizo a Su imagen. Las limitaciones que nos imponemos nos hacen hacer cosas equivocadas.

El único modo de que seamos realmente felices es que seamos realmente libres, y el único modo de que seamos realmente libres es que no tengamos temores imaginarios. Los temores son sólo imaginarios, nunca son reales. Están fuera de nosotros, no dentro. Somos nosotros quienes construimos cosas imaginarias y temibles. La imaginación es rapidísima. La imaginación es la que produce el temor. Debemos decir inmediatamente: «Tengo fuerza de voluntad

y voy a proyectar algo que es real. No hay nada que temer; eso es pérdida de energía». La fuerza de voluntad —sólo de la voluntad— es plenamente eficaz contra la imaginación.

Cada mañana debemos fijarnos, para el día, un objetivo particular, y tratar, con toda nuestra fuerza, de que ese objetivo se concrete. Tal vez lo olvidemos una hora después o diez minutos después. Pero si cada día, durante diez minutos, intentáramos llevar realmente a cabo el objetivo que nos fijamos, estaríamos haciendo algo propio que nadie podría quitarnos. Entonces avanzaríamos.

Examinar nuestra conciencia no significa censurarnos severamente todas las veces que no logramos llevar a cabo nuestro objetivo. Eso sólo acrecienta nuestro engreimiento. Examinar nuestra conciencia significa estudiar detenidamente la jornada y ver cuántas personas nos enseñaron algo y a cuántas de ellas deberíamos estar agradecidos. Pensar en uno mismo es decir: «¿Qué es lo que hice mal?». Piense en «ellos», no en el «yo». El «yo» no vale nada. Pero «yo» y «ellos» valen algo.

Hay tres etapas en este trabajo: la de la sorpresa, la del temor y la del entendimiento. La sorpresa es el deleite que sentimos al descubrir algo nuevo. Sentimos temor cuando vemos que tenemos que renunciar a todo sentimiento humano: a las desavenencias, a las preocupaciones y a los prejuicios; sentimos temor de reconocer realmente la verdad y de tener que matar al «yo» malo: «me gusta, yo necesito». El entendimiento consiste en saber cuál es nuestro «yo» real. Debemos olvidar la personalidad y pensar solamente en la causa y el efecto a fin de que la armonía sea real. Se realiza quien, en el grado más elevado posible, acomoda su palabra con sus pensamientos, armoniza sus pensamientos con su conducta, y ajusta su conducta con la íntima realidad del hombre.

CAPITULO VI

Estaremos en paz con el Cielo y con la Tierra si encontramos la paz dentro de nosotros mismos. La felicidad real consiste en ser libres en un plano más elevado que el que solemos llamar felicidad. Llamamos sufrimiento a muchas cosas, porque éstas duran más que la felicidad, la cual acaba rápidamente. Gran parte de nuestro tiempo pensamos que somos felices porque nuestros cuerpos se sienten bien; por ejemplo, si tuvimos un dolor de muelas y cesa, pensamos que somos felices. El dolor existe solamente en lo inexistente. La tristeza y la felicidad son, en gran medida, lo mismo: un círculo. La libertad y la felicidad son, a su vez, un círculo, sólo que de carácter más elevado. Nosotros no podemos estar en un plano bajo; tenemos que estar en un plano alto para ser nosotros mismos. No debemos apegarnos a cosas que se hallen dentro del tiempo, sino a cosas que estén fuera del tiempo. Tenemos que trabajar fuera del tiempo.

Nuestro trabajo tiene lugar en el tiempo; podemos optar por efectuarlo con lentitud o de prisa. Este no es un trabajo que dure unos pocos meses. Es para siempre. Una vez que emprendemos realmente el trabajo, no podemos retroceder. Quienes se detienen en el camino, se pierden de inmediato y son infelices. Ya no tienen nada a lo que puedan aferrarse. No pueden retroceder hacia donde estaban antes. Mientras estamos ocupados, observando y avanzando en este trabajo, somos felices. Tan pronto retrocedemos, hay gran sufrimiento. Y la caída es más dolorosa y terrible en proporción a cuanto más hayamos avanzado. Por esa razón, nunca es acertado urgir demasiado a la gente desde el comienzo. Quienes poseen energía y decisión quieren condiciones y ejercicios especiales. El problema radica en que se pueden dar maña una vez, y obtener incluso resultados interesantes, pero no pueden hacerlo de nuevo. Entonces se desilusionan y pierden la fe. Si alguien deja el trabajo, eso no sólo significa que lo abandona. Eso significa que cambia el

trabajo para que se acomode a sus propias ideas.

Todos tenemos que representar un papel. En esto no hay nada realmente terrible, salvo el permitirnos perder oportunidades, perder nuestro tiempo real. El tiempo es oportunidad. Recibimos un tiempo X, exactamente tantos años. Podemos hacer algo, realizar algo en ese tiempo. No hay otro tiempo si no usamos ése. No debemos retroceder. Debemos ganar tiempo, no debemos matarlo. Debemos usarlo actuando respecto de los demás de acuerdo con las posibilidades de ese tiempo. La oportunidad es coincidencia: es el camino que nos introduce en los mundos superiores. Esto significa que nuestra propia posibilidad es concurrente con la posibilidad que un plano superior nos brinda. El tiempo real es cuando todo es claro y posible para nosotros. Entonces, debemos usarlo. No debemos retroceder. Lo que debemos hacer es ganar tiempo, no matarlo. Debemos usarlo actuando respecto de los demás de acuerdo con las posibilidades del tiempo. Cada persona tiene un *kairós*: un tiempo oportuno, en el que le son posibles grandes cosas, sólo que ella no sabe cuándo es. Si las personas tan sólo estuvieran al tanto del *kairós* (del tiempo oportuno), eso haría que estuvieran siempre muy atentas, porque nunca saben cuándo ese tiempo se aproxima. El *kairós* (el tiempo oportuno) es prueba de la ¡limitación.

Deberíamos ser conscientes de todos los procesos, observar todo lo que se mueve en nosotros y estar atentos a todo movimiento. «Las ventanas están cerradas cuando los ojos están cerrados; la puerta está cerrada cuando la boca está cerrada; y la puerta está cerrada cuando el corazón está cerrado.» Cuando la boca está cerrada es cuando no sabemos cómo expresar lo que sabemos.

¿Cómo sabemos que estamos vivos? No lo sabemos por la consciencia, porque ella no muere. Pero podemos decir, por la mente, que estamos vivos. Debemos aprender qué es sentir, dar y recibir al mismo tiempo. Debemos sentirnos vivos, sentir todo lo que vive en torno de nosotros, sentirlo realmente; sentir que estamos alertas, sentirnos un fragmento de nuestro entorno. Este es otro significado de «recordarse»: recordar al yo mayor del que nuestro propio yo es sólo una parte minúscula, de hecho como el cero lo

es respecto del infinito. Por esta razón, «recordarnos» significa olvidarnos de nosotros mismos, hacer que nuestra mirada pase de un factor de una dimensión a la dimensión en su totalidad, en la que no hay separación entre las partes que la componen, pues cuando decimos «yo», solemos significar «yo-pero-no-tú».

Debemos sentir que podemos ver y tocar, pero reconocer que sólo se trata de fragmentos, porque no podemos sentirlo todo. ¿Por qué no podemos ver siempre los colores en todas las cosas y ver realmente las cosas? El problema es que estamos vivos. Cuando estamos vivos, vemos y oímos. Estamos vivos cuando conectamos nuestros ojos con nuestro «yo» real. Entonces, conectamos nuestros «yoes» con nuestro «yo» real. No hacemos esto porque tenemos el hábito de la pereza. Necesitamos voluntad para hacerlo; necesitamos desarrollar la voluntad, poco a poco, día tras día. Desarrollamos la voluntad prestando atención a la intención de cuanto estemos haciendo en ese momento. Pero no hacemos esto porque somos perezosos y disculpamos nuestra pereza diciendo que no tenemos voluntad. La consciencia es un acto (efectuado) con atención.

Nadie puede comer por nosotros. Todos pueden contarnos cosas bellas, pero no las veremos hasta que eliminemos nuestra ignorancia y las descubramos por nosotros mismos. Sólo nos desarrollamos disminuyendo nuestra ignorancia. La ignorancia oscurece todas las cosas y las negativiza. Ella es nuestra más grande enemiga. Tenemos que asimilarlo todo.

Tenemos que combinar las emociones, la lógica y la psicología. Debemos avanzar paso a paso hacia la parte interior, y la emoción es la que conecta y une todas las partes. Tenemos que entender todo lo que se halla en este plano. Si no entendemos las cosas de este plano, no podemos esperar que entenderemos las de un plano superior. Si no destruimos los prejuicios, no entenderemos las cosas que se hallan en este plano. Primeramente debemos llegar a una mente lógica, y después a una mente psicológica. Tenemos que atravesar lo que es lógico y lo que no lo es, pasar por ello y liberarnos de ello para que podamos pasar a la siguiente fase, en la que la

Lógica está expresando los pensamientos valiéndose de palabras. Tenemos que llegar a pensar en la lógica como razón, pero no lo es; ella es la ciencia de *hablar* razonablemente.

La psicología es el conocimiento del alma. La mente lógica reconoce lo psicológico, y la mente psicológica reconoce lo esotérico. Cuando la mente incluye al corazón, entonces es psicológica, porque el corazón y la mente se han armonizado. Debemos recordar, si esto no parece lógico, que América no fue descubierta por la lógica, pues por lógica nadie podía suponer que existiera un continente en el que la gente caminara con los pies hacia arriba. Los planetas no fueron descubiertos por la lógica, porque los humanos no hubieran descubierto por lógica los planetas, los cuales eran piedras que estaban en el cielo. Esto se debió a algo que existía en el corazón de los humanos. Todos los descubrimientos fueron efectuados por algo que había en el corazón de los humanos.

Creemos saber, pero no sabemos nada. Tendremos sabiduría el día en el que aceptemos el hecho de que no sabemos nada. Todos nos hallamos en el mismo plano de la ignorancia. Ninguno de nosotros sabe en qué están equivocados los demás. Tenemos que aceptarlos como son a fin de aceptarnos nosotros mismos como somos. Entonces poseeremos entendimiento, sabiduría y amor o, más bien, caridad, la cual consiste en la aproximación al amor.

Podemos proyectar a los demás lo que nosotros transformamos con amor y, de ese modo, ayudarlos sin crítica. Ayudamos a una persona con el solo hecho de decir su nombre con afecto. La lógica y el sentimiento juntos son algo real. Alcanzamos el plano psicológico cuando sabemos que todo lo que hacemos por nosotros mismos no es suficiente. Un milagro deja de serlo cuando tratamos de describirlo valiéndonos para ello de la lógica. Lo mismo ocurre con los misterios; no se los puede describir lógicamente, sino sólo psicológicamente. Y un secreto es un secreto solamente mientras se lo guarda; tan pronto se lo divulga, no es un secreto.

Debemos *pensar* si nos dicen que hagamos algo. La disciplina personal real consiste en verificar y obligarnos a encontrar siete o más razones de por qué una cosa es correcta o no. Si no podemos

encontrarlas es porque no aprendimos a pensar con rapidez. Si leímos un libro y sólo lo aprendimos de memoria, no lo asimilamos. Jamás progresaremos si nos limitamos a las palabras.

Para que recibamos inspiración real necesitamos purificar nuestros pensamientos de todo lo que sea pesado. Es un trabajo difícil, pero entonces nuestra mente se eleva hasta un punto en el que un pensamiento de un plano superior puede tomar contacto con ella. Pero lo que tal vez parezca inspiración será solamente imaginación si nuestro pensamiento no se purificó.

Los pensamientos son una gracia que recibimos. La mente semeja una copa en la que se derrama agua desde arriba. El agua está limpia si la copa lo está. Podemos mejorar nuestro receptáculo. Si nuestra copa es de cobre, podemos hacer que sea de plata, y si es de plata, podemos hacer que sea de oro.

Podemos crear energía teniendo pensamientos puros. Pero no debemos combatir los malos pensamientos. Todo lo que hacemos tiene sus repercusiones, y los malos pensamientos son repercusiones de cosas que hicimos y que son resultado de nuestros actos. Todas las cosas tienen sus repercusiones, pero no son reales. No debemos combatir las cosas que son irreales, pues eso es perder el tiempo. Hay un modo sencillo de librarse de los pensamientos negativos; consiste en pensar solamente en colores armoniosos.

Si concentramos con bastante fuerza nuestros pensamientos en otra persona, eso la afecta. Por ejemplo, si por determinada razón concentramos en una persona el pensamiento de que ella va a dejar caer algo que está sosteniendo, lo dejará caer. Tal vez ella crea que poseemos poderes sobrenaturales. El problema consiste en que nosotros no desarrollamos este poder natural.

Tenemos que armonizarnos a fin de concentrarnos y ser capaces de proyectar nuestros pensamientos a los demás. Eso significa que debemos saber que estamos obrando bien y que tenemos el motivo correcto para hacerlo. Si tenemos algunas dudas o si incluso una minúscula parte de nuestra conciencia está en la duda de si estamos haciendo eso a fin de ayudar a la otra persona, no estamos armonizados ni estamos actuando como una totalidad. Y si existe en

nosotros alguna división, no podremos concentrarnos y, por lo tanto, carecemos de fuerza para proyectarnos: nuestros pensamientos no se proyectan y son solamente difusos.

Hacemos lo que pensamos. La mente es fortísima; es la parte más fuerte que tenemos. Los pensamientos que alimentamos cobran vida. Tenemos que pasar por donde ahora estamos si queremos elevarnos. Por esta razón, no debemos alimentar sino pensamientos diáfanos para que nuestra mente esté limpia, y valemos de pensamientos que nuestra conciencia diga que son limpios. Así viviremos en la realidad y en la verdad. No debemos permitir que un pensamiento oscuro permanezca en nuestra mente porque los pensamientos oscuros están muertos y, si no los alimentamos, no tendremos que pasar por momentos muertos. No debemos criticar ni decir de los demás nada que nosotros no hayamos asumido: asumido con pensamientos diáfanos en una mente limpia.

La concentración es una percepción que se prepara para ser un pensamiento. La razón es el receptáculo de los pensamientos. Deberíamos escuchar con lógica, sentimiento e intelecto armonizados por la atención. La verdad que existe en nosotros mismos es un sentimiento real que la lógica complementa. Aprender es entrar en lo nuevo. Los que a menudo consideramos pensamientos son solamente una colección de impresiones mentales. Los pensamientos reales son creadores.

Las cosas nuevas sólo pueden originarse en nosotros mismos. Un cambio de plano sólo puede originarse en nosotros mismos. No se nos puede decir nada nuevo porque no lo oiríamos. Debemos tenerlo ya en nosotros mismos a fin de oirlo.

Hay siete círculos de aprendizaje. El primero es el del bebé que ve el mundo sin darse cuenta de que tiene que aprender algo. El segundo es cuando el niño está aprendiendo el alfabeto. El tercero es cuando aprendimos a leer. El cuarto es cuando nos damos cuenta de que, además de nuestra madre, hay otras personas que nos pueden enseñar. El quinto es cuando vemos la diferencia que existe entre los maestros. El sexto es cuando elegimos lo queremos

aprender y escogemos nuestro maestro. El séptimo es cuando sentimos interés por la filosofía. Después de eso, debemos encontrarlo todo en nosotros mismos; nos damos cuenta de que no podemos aprender de maestro alguno. El único maestro es Dios. Somos pastores cuando sabemos esto. Hasta entonces éramos ovejas. Muchas personas nunca llegan siquiera al quinto círculo. Una vez que atravesamos el séptimo círculo, lo bueno o lo malo no existen para nosotros. Hacemos las cosas porque es nuestro deber hacerlas, no porque nos gusten. Lo único que en ese plano cuenta es nuestro prójimo: nada más. En nuestro trato con la gente, vemos sus características, pero no decimos más: «Esto es bueno... aquello es malo». Sólo vemos a la gente como es, sin juzgar si la gente tiene la obligación de ser así o no. Una vez que llegamos a ese plano, sabemos que, para nosotros, no puede haber maestros humanos. Todo lo recibimos directamente.

La gente va de un maestro a otro y de una escuela a otra porque no junta, para sí y por sí sola, las diferentes partes que la primera escuela le dio. Por supuesto, van de uno a otro porque no se les dio la totalidad. Esa gente podrá crecer solamente por sí sola, mirando hacia arriba, sin mirar hacia abajo. Debemos mirar hacia abajo para ayudar, pero no para que nos ayuden. Tenemos que ganar con esfuerzo todo lo que sea nuestro. Esto nos pertenece por ese medio y nadie puede quitárnoslo.

Todo el trabajo debe ser (realizado) por nosotros mismos y nosotros mismos debemos llevarlo a cabo para que, a la vez, nos irradiemos. Debemos encargarnos de asimilarlo y de trabajar con entusiasmo, amor y dedicación. No podremos asimilarlo si no lo entendemos. Nuestra labor consiste en elevarnos y conectarnos con lo alto para que podamos ser usados.

El amor es humildad real. La obediencia es la más grande gracia de la humanidad; la obediencia es amor total. La humildad, el amor y la obediencia son las tres fuerzas que, unidas, constituyen la gracia. No hay nada que no podamos hacer con la obediencia. Si fuéramos realmente obedientes, alguien podría decirnos: «¡Escribe un poema!», y podríamos escribirlo. Podrían decirnos: «¡Baila!», y

bailaríamos aunque jamás hubiéramos bailado. Obediencia significa escuchar.

En ninguna parte hay nada que sea misterioso. Lo que parece mágico, cuando la gente hace cosas o tiene poderes que parecen sobrenaturales, lo único que ocurre es que esa gente puede ver más que nosotros, precisamente porque cae en la cuenta de más cosas que nosotros. Entonces, puede realizar más cosas que nosotros. Si usted se fija realmente en otra persona, fíjese en su cara, su expresión y sus movimientos, en las líneas que tiene en torno de los ojos, en el modo con que se sienta y en la manera con que mueve las manos, y verá quién es esa persona. Tal vez usted le diga: «Usted está pensando esto y aquello, y por eso tiene ésta o aquella dificultad», y es probable que esa persona crea que usted es clarividente. Todo lo que hacemos y pensamos tiene que salir a la luz y manifestarse de un modo u otro. Unas gotas de agua tal vez se estén filtrando en una pared y, en determinado momento, tendrán que ponerse de manifiesto. Una persona advertirá que la pared está húmeda, y otra no reparará en ello.

Poseemos gran sabiduría capaz de desarrollarse si pudiéramos perder nuestra mecanicidad. Pero nuestra memoria abstracta hace que nos perdamos. Esta memoria está desconectada de cuanto es real. Podemos usar nuestros recuerdos si entendemos las cosas, las alimentamos y las percibimos.

¿Qué es la vida? Ver las consecuencias de nuestras acciones. Poseemos realmente lo que aceptamos conscientemente. Aceptar conscientemente es entender.

Nuestro trabajo es entendimiento real y prepararse para la paz. El don del entendimiento nos ilumina. Lanza una luz viva, penetrante y extraordinaria sobre las verdades reveladas. Nos proporciona un medio seguro para conocer el significado real de la palabra divina.

CAPITULO VII

Son tantas las cosas grandes en las que tenemos que pensar que no tenemos tiempo para confundirnos ni para pensar en nosotros. Lo que debemos pensar es esto: «Estoy haciendo esto para los que han de venir». Entonces, nuestro pensamiento es ilimitado. Pero si pensamos en nosotros y decimos: «¿Qué hice? ¿Qué errores cometí?», entonces nos limitamos. Debemos darnos cuenta de que somos instrumentos y no hay límites para lo que puede hacerse a través de nosotros si no pensamos que somos nosotros quienes lo estamos haciendo.

Ninguno de nuestros errores nos ha matado. Es bueno aceptarlos si así aprendemos. Ignorancia significa que la luz no llegó a nosotros. Sueño significa que no buscamos la luz. Nunca pagamos los errores que cometemos por ignorancia. Pero pagamos los errores que cometemos por sueño. Si cometemos dos veces el mismo error es porque nos dormimos. El hombre perezoso pierde este mundo y el próximo.

La ignorancia mata a la inocencia. El mal mata a la inocencia. La vanidad mata a la inocencia. Hipocresía es mentirse uno mismo. Siempre hay esperanza de salvación: cuando reconocemos la verdad acerca de nosotros mismos. Pero lo difícil es perdonarnos nosotros mismos. Cuando admitimos francamente un error, no lo volvemos a cometer. Debemos encararlo todo en nosotros mismos. Sabemos que tenemos negatividad. Dios permitió las tentaciones a fin de que veamos cuan fuertes somos. Si no creamos excusas sino que encaramos las tentaciones sin permitirles ingresar en nosotros, ellas suelen resultar ser cada vez menos.

Nuestra escalera del progreso la sostenemos sobre la experiencia. Caemos una y otra vez, pero nuestros errores nos empujan hacia arriba. Si no tuviéramos experiencias, cometeríamos más errores. No podemos aprovechar la experiencia de otra persona, a menos que estemos muy despiertos.

Los problemas jamás mataron a nadie. Dios no permitiría que los tuviéramos si no pudiéramos ocuparnos de todo lo que nos sucede. No son los problemas los que matan a la gente sino la autoconmiseración y la preocupación. A la gente le gusta estar preocupada. No hay problemas que no sean imaginarios y que no se hallen en la mente. En nuestra vida hay etapas y, a veces, no estamos preparados para ellas. No hay problemas si estamos despiertos. En las situaciones que creemos que son problemas hay muchos factores; por ejemplo, nuestra pereza. Si nos falta entendimiento, eso nos crea dificultades. Estas no nos toman de sorpresa si las controlamos. Tenemos que llamarlas problemas para darles un nombre a fin de disculpar nuestra ignorancia. A los seres humanos les encanta crearse problemas porque piensan que tenerlos es prueba de denuedo. No entienden que eso es estúpido: es perder el tiempo.

No soportamos bien las tribulaciones porque no conocemos el modo acertado de buscar consuelos espirituales. Por esta razón, quien trabaja fielmente sobre sí mismo, en sí mismo y para sí mismo soporta más fácilmente la adversidad. La prosperidad nos hace caer más asiduamente y más abajo que las tribulaciones. Aquella persona cuyo regalo no le cuesta nada, no será retribuida con nada que sea valioso.

Son importantísimas todas las tribulaciones por las que tenemos que pasar porque nos hacen crecer. Todo lo que nos suceda tenemos que aceptarlo como un instrumento para que crezcamos. Pensamos que tenemos la obligación de no dudar. Por el contrario, *debemos* dudar. Nunca debemos aceptar algo hasta que realmente lo creamos porque descubrimos por nosotros mismos por qué es verdad. Pero debemos entender qué significa la duda. Muchas cosas a las que llamamos dudas son prejuicios. Decimos: «Dudo de esa afirmación», cuando no estamos dudando para nada y eso sólo significa que mentalmente ya decidimos que eso no es cierto. Por otra parte, no deberíamos aceptar algo que nos dijeron porque queremos aceptarlo o porque personalmente nos convendría si fuera cierto. Si tenemos dudas, deberíamos averiguar y comprobar por nosotros mismos si

estamos en lo cierto o no. P.D. Ouspensky decía siempre: «No crean lo que digo; descúbralo ustedes mismos». Lo que pensamos que es una duda suele ser solamente vanidad. Decimos: «Me pregunto si esto es cierto». En lugar de esto, deberíamos decir: «Esto es algo que no sé. ¿Por qué no lo creo? Porque no lo entiendo». Entonces podríamos estudiar y aprender. Deberíamos encarar nuestra falta de entendimiento y definirlo.

Tenemos que entender la diferencia que existe entre prejuicio y conocimiento. El hallazgo de cuatro razones básicas de una opinión deja en claro qué es o qué no es prejuicio. No es prejuicio negarse a aceptar algo porque contraría nuestro carácter, gusto o conocimiento.

El prejuicio es falta de sinceridad. Si analizamos un prejuicio, descubriremos que no es veraz. Debemos analizar por qué algo es un prejuicio para nosotros. Es un prejuicio decir: «Si yo creo esto, todos los demás deben creerlo». El prejuicio es limitación. No debemos tener prejuicio con nosotros porque el prejuicio significa encerrarnos. Es más delictivo actuar sobre la base de un prejuicio que matar sin conocimiento de causa. Podemos trabajar tan arduamente como gustemos, pero si tenemos prejuicio, jamás tendremos la gracia. Recibir la gracia significa ser accesible. «Si usted no cree que YO Soy, morirá en sus pecados»: he aquí nuestros modos de pensar, los cuales causan nuestra falta de «ser».

La gente piensa que es humano reaccionar con prejuicio; no es humano: es animal. Ser humano significa ser accesible; significa combinar el sentir con el pensar, y sentir las reacciones y necesidades de los demás. Significa ser accesible a las influencias elevadas y, al mismo tiempo, captar las vibraciones más bajas y pesadas y juntarlas para que pueda llegar la luz. Como ocurre con la electricidad, tiene que haber un polo positivo y un polo negativo para que una chispa forme un arco entre los dos. Esto es lo que significa ser humano: ser real, accesible y sensible ante lo que los demás están experimentando; tener sensibilidad con ellos y, al mismo tiempo, saber qué es la verdad y saber cómo decirles lo que ellos necesitan.

Jamás seremos nosotros mismos mientras tengamos prejuicio y mientras tratemos de juzgar. Todos somos espejos, uno con otro. Vemos a los demás al revés de como nosotros nos vemos. Por esta razón no podemos juzgar. Debemos medir siempre y nunca juzgar. ¿Cuál es la diferencia entre medir y juzgar? Si veo a un hombre obeso y digo: «Parece que pesara noventa kilos», estoy intentando medir. Si digo: «Ese hombre no debería estar tan gordo; evidentemente come demasiado porque es goloso», estoy tratando de juzgar. ¿Cómo sé por qué él es obeso? Tal vez esté sufriendo un trastorno glandular.

Debemos medir de acuerdo con nuestras normas más elevadas. No podemos medir nada que se halla dentro de nosotros. A menos que algo llegue de afuera, no podemos medir. ¿Cómo hemos de medir? Debemos ver y comparar. Es cierto el advertir que alguien está atravesando cierta etapa y por qué razón. Tratar de descubrir el porqué es medir. Pero juzgar es decir que la persona es idiota. No podemos juzgar. A fin de juzgar tendríamos que conocerlo todo acerca de una persona, su herencia completa y todo su entorno y las influencias que la afectaron desde que fue concebida. Deberíamos contar con todo este conocimiento, presente simultáneamente en nuestra mente, a fin de ser capaces de comparar su acción con sus posibilidades. Ni siquiera Dios juzga a las personas mientras éstas se hallan todavía en este mundo.

Tal vez se diga algo que nos parezca hiriente, pero no conocemos la intención con que se dijo ni el efecto sobre la persona acerca de la cual se dijo. Si lo dijimos nosotros, podría ser negativo para nosotros o la persona a quien se lo dijimos podría tomarlo negativamente. Pero no podemos juzgar si eso fue negativo entre otras personas. Vemos que alguien está preocupado y no podemos entender cómo podría preocuparse por algo que no nos preocuparía a nosotros. No podemos juzgar. Todo lo que podemos hacer es ayudar a esa persona a que modifique eso para que recobre fuerzas y cambie esa situación que la está preocupando a fin de que vea la salida. No podemos juzgar ni podemos ser juzgados. Sólo podemos respetar a todas las personas, limpiarnos y dejar que aparezcan los verdaderos sentimientos.

No nos juzgaríamos si fuéramos sabios. No podemos juzgar nada porque no estamos completos. Sólo un ser completo puede juzgar. Sin embargo, podemos medir. Podemos hacer comparaciones midiendo, podemos reconocer, contrastar y reconocer la polaridad.

¿Pero con qué patrón podemos medir? No podemos hacerlo con nada que sea sólido. Tenemos que medir espiritualmente. Debemos medir con sentimientos reales y con lo que existe en nosotros mismos. Sólo debemos vernos como instrumentos de Dios para ayudar a los demás. Si hablamos a los demás, veremos cuánto o cuan poco tanto nosotros como ellos conocemos. Siempre debemos aprender y adquirir conocimiento.

El trabajo consiste en esto: en estar suficientemente despiertos como para prestar atención a la persona. Con mucha frecuencia sólo advertimos nuestras propias reacciones; esto es estar dormido. Estar despierto significa ser consciente de nosotros mismos en los demás. Sólo advertimos en los demás lo que tenemos en nosotros mismos. Por ejemplo, si veo que otra persona es perezosa, es porque yo mismo lo soy. Si yo no fuera perezoso, no vería la pereza en la otra persona. Yo podría ver que ella era lenta y pensar que estaba cansada, o hallar alguna otra razón para que no pudiera hacer las cosas como es debido, pero no vería que ella era perezosa.

Deberíamos tener la sensación de que no hay maldad en los demás, que sólo la hay en nosotros y que ellos obran mal por ignorancia o ceguera. Nunca podemos acusar a alguien de que es malo porque nunca podemos conocer la razón real de por qué hace lo que nos parece malo. Pero cada persona conoce por sí que, cuando hace algo malo, podría haberlo evitado. Nunca podemos juzgara los demás, pero nuestra propia conciencia puede juzgar, no a nosotros sino a cómo actuamos en un caso particular. Si medimos y no juzgamos, los demás no pueden juzgarnos.

El amor es todo; es comprensión. No amamos a los demás por sus virtudes; ¿cómo podemos decir si una persona hace algo bien por vanidad? No podemos juzgar y, por lo tanto, no podemos saber. Amamos a las personas por sus defectos. Amamos a una persona porque es vanidosa y necesita quitarse los humos, y a otra porque

es débil y necesita confianza. Amamos a las personas por lo que ellas necesitan. Debemos hallar las cualidades de los demás y cubrir sus defectos con nuestros pecados. De este modo podemos aprender a no juzgar.

CAPITULO VIII

Dos hombres iban caminando hacia su casa cuando se encontraron con el Maestro y no Le reconocieron. El les acompañó por el camino y les enseñó. Cuando llegaron a Emaús, El entró en la casa de ellos y Se reveló como el Divino Maestro. Aquellos de nosotros que recorren el Cuarto Camino, se encuentran con el Maestro, no Le reconocen y El les enseña. Si Le invitamos a nuestra casa, El Se manifestará a nosotros. Para que esto suceda es necesario que estemos en casa, o sea, estemos presentes en nosotros mismos.

La verdad consiste en ser uno mismo; todavía no somos nosotros mismos cuando estamos llenos de imaginación y juicio. Cada persona tiene un aspecto superficial y un aspecto profundo. La gente puede vivir de lo superficial o puede vivir de lo interior: de su verdadero yo interior. Por esta razón, cada uno de nosotros debe encontrar su objetivo. Cada individuo debe encontrar su propio objetivo. Este no será el mismo para todos. Tal vez mañana cambie, pero siempre tiene que ser el suyo propio. Primeramente debemos conocer nuestro objetivo para encontrar la verdad. Para conocer nuestro objetivo debemos primeramente saber qué queremos: sincera y sencillamente saber qué queremos. Nada es posible sin esto. No basta saberlo un día y olvidarlo al día siguiente. Debemos ser capaces de expresar nuestro objetivo con palabras, fijarlo y estar seguro de él. Si nuestro objetivo es vago, no es seguro. Si es seguro, podemos expresarlo siempre. Las palabras reales no cambian; ¿cambian las palabras del Padrenuestro? ¿Cambia la palabra con que llamamos a nuestros hijos: cambia la palabra: «queridos»? Debemos ser consistentes, debemos conocer nuestro objetivo y ser capaces de formularlo.

Siempre debemos tener preguntas sobre todo. Tan pronto no tenemos preguntas, nos estancamos. Siempre debemos tener preguntas; en toda ocasión en la que tenemos una pregunta, tene-

mos una respuesta.

Las nuevas circunstancias y conocimientos se están desarrollando con tal celeridad que tenemos que estar muy atentos para captarlos. Podemos tener ideas, pero no podemos desarrollarlas sin una escuela que nos ayude a asimilar lo que ya conocemos y a ser capaces de entender qué es el Cuarto Camino. No podemos encontrarlo hasta que realmente «nos recordemos». Eso es armonía. La armonía es imposible si no hay escuela. Alguien tiene que explicarla. La prueba de que la escuela de la armonía es verdad consiste en que se la puede encontrar por todas partes. Podemos encontrarla en libros, conversaciones y películas, y por doquier. Si nuestro objetivo fuera claro para nosotros, entenderíamos la armonía. «Nos recordaríamos.»

El «recuerdo de sí» no empieza dentro de nosotros sino fuera de nosotros. Todo lo que empieza dentro de nosotros empieza con egoísmo. Si yo «me recuerdo» antes de acordarme de usted, eso es egocentrismo. En el «recuerdo de sí», traemos lo de afuera hacia adentro, a fin de recogerlo. No podemos recoger lo que ya está en nosotros.

-Si fuéramos sabios, reflejaríamos lo que llega desde fuera de nosotros. Pero puesto que no somos sabios, no podemos trabajar sobre el reflejo porque no sabemos qué tenemos que reflejar. Si trabajamos siempre por nuestro prójimo, llegaremos a ser sabios y, entonces, sabremos qué es necesario reflejar. El Cuarto Camino es comprensión, en cada momento y en cada situación. Un corazón comprensivo es «recuerdo de sí». El «recuerdo de sí» real no es darse cuenta: «Yo estoy aquí con esta ropa, aquel hombre de allá tiene ese saco». El «recuerdo de sí» real consiste en poner toda nuestra atención en las necesidades de los demás. El «recuerdo de sí» tiene lugar sí, cuando hablamos con alguien, aunque nuestro cuerpo permanezca donde está, nuestra consciencia se halla con la otra persona. No podemos ser conscientes de los demás signos concentramos en nosotros mismos. Pero si somos conscientes de los demás, eso significa que somos conscientes de nosotros mismos. Esto es fácil de entender. Si tratamos de mirar nuestro cuerpo, sólo

podemos ver parte de él, nunca nuestra cara. Pero si usamos un espejo, podemos ver más de nuestro cuerpo y también nuestra cara.

Si usamos una combinación de espejos, podemos ver incluso nuestra espalda. Del mismo modo, si tratamos de observarnos directamente, no podemos ver casi nada, pero si observamos a otra persona, podemos ver más de nosotros mismos reflejado en ella, y si observamos a muchas personas y realmente estamos atentos a ellas, es probable que tengamos realmente un muy buen cuadro de nosotros mismos. Podemos tener muchas ilusiones acerca de nosotros y de nuestras motivaciones, pero si vemos cómo los demás reaccionan ante nosotros, nuestras ilusiones desaparecerán y, de manera gradual, nos veremos como realmente somos. Y cuando eso ocurra, veremos que los demás son precisamente como nosotros y que nosotros somos precisamente como los demás: de hecho, que todos somos iguales. Entonces, ya no tendremos la sensación del «yo», de la separatividad ni los sentimientos de soberbia o de desdicha, los cuales son solamente vanidad.

Debemos entender la idea acerca del espejo para entender por qué al «recuerdo de sí» no se lo llama «recuerdo de los demás» o «recuerdo de Dios». La gente piensa que estas palabras: «Amarás al Señor con todo tu corazón... y a tu prójimo como a ti mismo», deberían leerse así: «y a tu prójimo y a ti mismo», considerando que la última parte se refiere al respeto para consigo mismo. También se refiere a esto pero, si recordamos la idea acerca del espejo, entenderemos la lectura original.

Debemos aprender a armonizar al cuerpo con el espíritu. Debemos recordar nuestro cuerpo físico, nuestra alma y nuestro espíritu; debemos recordarnos. No podremos recordarnos hasta que nos olvidemos de nosotros mismos. Si somos conscientes de nuestro entorno y de nuestros ojos que lo están viendo, no estamos pensando en nosotros mismos. Nuestros ojos, con los que vemos, no son nosotros mismos. Hay una formidable diferencia entre pensar acerca de nosotros y recordarnos. No hemos olvidado nuestro nombre y domicilio aunque no estemos pensando en ellos todo el tiempo. El espíritu siempre conoce y recuerda que está en presencia

de Dios. No sólo el espíritu sino también el cuerpo. Aunque lo dé por sentado, no lo olvida.

El espíritu es puro: es lo más puro que tenemos. Debemos purificar nuestros instintos. Poco a poco, tenemos que quitar lo que en nosotros es impuro a fin de dar lugar a la destilación pura que proviene del espíritu. Esto lo hacemos recordándonos, o sea, estando atentos, siendo accesibles y usando la totalidad nuestra: instinto, corazón e intelecto.

En todos nosotros hay hipocresía. Todos tenemos un enemigo en nosotros mismos. Pero, por otra parte, también tenemos un ángel. Hay una persona que nunca nos fallará: es nuestro Ángel de la Guarda, si nos habituamos a pedirle que nos auxilie. Debemos escoger hacia qué lado queremos ir y por qué camino queremos inclinarnos. Si escogemos acertadamente, optamos por el recuerdo de sí. Se trata de un trabajo muy sabio, pero debemos entenderlo bien.

Cada persona tiene que crear el «recuerdo de sí» por sí sola y según su propia modalidad, e incluso según su propia religión. No importa de qué religión seamos: Alá y Dios son la misma persona. El único Maestro es Dios, el único maestro es uno mismo. Nadie puede obligarnos a que le creamos. Todos tienen que hallar su propio camino, su propia comprensión, su propia conciencia alerta. Tenemos que aceptar por nosotros mismos, para nosotros mismos, lo que el «recuerdo de sí» significa para nosotros. El «recuerdo de sí» es el pozo de las virtudes, el alimento del alma. El «recuerdo de sí» es todo. El «recuerdo de sí» es la Divinidad.

Es muy importante saber qué es el «recuerdo de sí», qué es el alma y qué es la conciencia. Cada individuo debería averiguar qué es eso para él, desarrollando su mente para aceptar y reconocer. Sólo mediante el «recuerdo de sí» podemos dominar todas las circunstancias necesarias para la perfección total de la vida. Podemos hacerlo si lo queremos y anhelamos. No debemos saltar a conclusiones sino estudiar a fondo.

El entendimiento quita el temor. El primer paso en el «recuerdo de sí» consiste en «estar seguro de sí». La opinión de los demás

no nos importa si estamos seguros de nosotros mismos.

Debemos conectar la Tierra y el Cielo, y vivir entre la Tierra y el Cielo. A la sazón, conectamos la Tierra y el Cielo cuando rezamos y cuando ayudamos a otros. ¡Hay tanta belleza en el mundo! Cuando miramos esa belleza y perfección, ¿cómo podemos dejar de «recordarnos»? Cuando «nos recordamos», recordamos a Dios. Recordar la belleza es «recuerdo de sí»; sentir la belleza y sentir la verdad es «recuerdo de sí». El «recuerdo de sí» no es imaginación. La gente piensa que «se está recordando» cuando controla sus sentimientos. Eso no es «recuerdo de sí». El «recuerdo de sí» es estar consciente de la presencia de Dios.

No entendemos la gran obra de Dios. No podemos explicar qué es blanco o qué es puro; tenemos que *serlo* y mostrarlo. Cuando alguien aprendió realmente a hacer las cosas para Dios, no para sí mismo, actúa realmente por amor a Dios y el demonio no puede afectarlo. Al demonio no le interesa la gente de la que él está seguro ni aquella con la que puede contar para hacer el mal. La gente que al demonio le interesa es la que se está esforzando realmente en amar a Dios. Hay un demonio personal, pero se halla en nosotros. Dios no está en todas las cosas. El sólo está en las cosas limpias. ¿Cómo podemos pensar que El está en los hombres cuando son crueles? El lo ve, ciertamente: lo ve todo, pero no está en todas las cosas.

El temor de Dios es reconocer el plano en el cual estamos. En primer lugar debe estar el temor de Dios. Cuando hay temor hay pureza. Cuando hay pureza y desapego de este mundo, hay caridad. El temor de Dios no proviene de El sino de nosotros mismos, cuando sabemos que no estamos limpios. Cuando el arrepentimiento sigue al temor de Dios, entonces estamos limpios y Le amamos sin temor. Todo nuestro ser cambia si incluso pensamos en el arrepentimiento y tratamos de entender qué significa. Solamente las personas que están limpias sienten amor a Dios; entonces no hay temor: «El amor perfecto expulsa al temor».

Dios es justicia y misericordia. Cuando seamos juzgados, será palabra por palabra, acto por acto y pensamiento por pensamiento,

y se nos pagará con amor. De lo contrario, nunca podríamos ser perdonados y recibidos en el Cielo.

Cristo expulsó del templo a los cambistas porque estaban negociando con Dios. Sólo Dios sabe si estamos tratando de negociar con El. La gente suele ir a la iglesia para negociar con Dios; tarde o temprano son echados de una forma u otra.

Todos los santos eran de fuerte temperamento. Pero se santificaron combatiendo su mal genio y volviéndolo positivo. A menos que exista un temperamento que haya que volver positivo y usar positivamente, no hay fuerza de carácter. Se necesita una formidable fuerza de carácter para llegar a ser santo.

La superstición es un insulto a Dios porque nos negamos a entender que se nos cuida. Debemos avanzar con fe si queremos avanzar; nada malo puede sucedernos. Día tras día se nos proveerá lo que necesitamos si realmente estamos sirviendo a Dios. Si queremos lujos, eso es diferente, pero nuestras necesidades serán atendidas. Si nos entregamos a este trabajo, nuestras necesidades serán atendidas si no tenemos vanidades.

La generosidad es la hermana de la caridad. La caridad es el traslado del amor al plano del espíritu. Sólo quien llegue a ese plano será trasladado al Reino de los Cielos. La caridad es calidad, no cantidad; es intención, no extensión.

La fe es amor a Dios; la esperanza es amor a nosotros mismos; la caridad es amor a nuestro semejante. Cuanto más voluntad hay, más es la caridad; cuanto más caridad hay, más es el amor. La fe es la aceptación de una realidad que sentimos pero no entendemos. La esperanza es confianza en el amor de Dios. Tiene esperanza quien tiene confianza, tiene confianza quien tiene amor, y tiene amor quien atiende a los demás.

El amor no es voluntario; es una gracia. No es pequeña la merced que recibió de Dios en aquella persona que obtuvo la gracia de rezar. Deberíamos rezar en procura de la gracia de amar a Dios. No hay amor que no sea una gracia —amor a las flores, amor a los animales y amor a la gente—, todo amor es una gracia. Cuanto más grande es el alma, más puede transformarse el amor a Dios. El alma es

voluntad; se necesita voluntad para transformar el amor a Dios en caridad.

Cuando estamos enamorados, no hay sacrificio que no haríamos por la otra persona. ¿Por qué no hacemos lo mismo por Dios? Estamos dando constantemente las gracias a las personas por las cosas que nos dan, pero ¿con cuánta frecuencia pensamos en dar las gracias a Nuestro Señor?

Los momentos de oscuridad sólo tienen lugar cuando no tenemos fe. Los momentos de oscuridad sólo tienen lugar cuando cerramos la puerta a Dios. Debemos abrir la puerta y decir: «El Señor está allí; bendito sea el Señor». Cerrar la puerta y decir: «¡Señor, quita la oscuridad!» es ofender a Dios. El Sol brilla y El lo creó; todo el mundo da testimonio de la presencia de Dios. El nos dice: «Tienes voluntad; abre tus ojos y mírame». No tenemos necesidad de decir: «Buscaré a Dios», cuando Dios nos está buscando todo el tiempo.

Si sé que un día veré a Dios y pienso en eso, ¿cómo podré dejar de sonreír con felicidad? Si día y noche se me muestran todas las cosas bellas que hay en el mundo, yo debería sonreír con seguridad. Si veo los niños que están llegando (y ellos son lo verdadero, la vida que está teniendo lugar; son el futuro), tengo la obligación de sonreír ante eso.

Reír no es real y llorar no es real, pero sonreír es real. Deberíamos llevar a cabo nuestro trabajo sonriendo. Estamos llenos de amor a Dios cuando nos sentimos felices. La felicidad es darse cuenta de que todo lo limpio está unido con Dios. La oración hace que seamos reales y estemos realmente limpios. Cuando rezamos, estamos revelando nuestro yo real, sin ocultar nada.

¿Cómo deberíamos rezar? Con sentimientos reales. Debemos sentir sinceramente lo que queremos. Debemos aprender a armonizar nuestros pensamientos con nuestros sentimientos y conectar estos últimos con lo alto. Uno de los modos con los que aprendemos la verdad es haciendo hincapié en nuestra conexión con un plano superior.

El pensamiento es eficaz cuando dirige las irradiaciones causadas por nuestros sentimientos. La oración es un pensamiento bueno,

el cual se intensifica enviándolo a Dios. Un buen pensamiento enviado directamente a alguien, le ayuda en proporción a la fuerza de las irradiaciones de nuestro amor por esa persona; el mismo pensamiento, enviado a Dios, se intensifica mucho, como los rayos del Sol se intensifican con una lupa. Los rezos son nuestras más elevadas irradiaciones, magnificadas por Dios. Por esta razón, el rezo es tan potente.

¿Cómo deberíamos rezar? Cuando entregamos a Dios nuestro corazón, entonces las palabras que utilicemos no tienen importancia: estamos rezando realmente. Cuando ofrendamos a Dios nuestro corazón atendiendo realmente a la intención, de manera que no queramos ni no queramos nada para nosotros y todo lo que hagamos lo esté haciendo Dios por medio de nosotros, entonces estamos realmente vivos. Entonces vemos a Dios; El cesa de ser una idea en la que pensamos y es una realidad que podemos ver. Entonces Lo vemos y Lo sentimos, pues El está en nuestro corazón. Nuestro corazón es un espejo en el que vemos el reflejo del mundo; si Dios está en nuestro corazón, Lo vemos por doquier.

Aunque no supiéramos cómo rezar y dijéramos: «Auxíliame, Dios!», ya tenemos Su auxilio. El rezo no tiene que ser con palabras; está la plegaria del cuerpo, la del corazón y también la de la mente. Un hombre que experimentaba aridez en su corazón y su mente, entró en su jardín y golpeó dos piedras, diciendo: «No puedo encontrar otro modo de rezar». ¿Cree usted que Dios no le escuchó?

¡Cristo es tan grande y sublime! A veces nos preguntamos cómo nuestras plegarias pueden llegar hasta El. Cuando alguien dice el Padrenuestro, hasta los Arcángeles se retiran para que el Hijo pueda hablar directamente con su Padre sin que nadie más lo alcance a oír.

En ocasiones sentimos algo cuando rezamos. Entonces, al día siguiente, queremos sentir lo mismo valiéndonos de la imaginación y, de esa manera, interrumpimos lo nuevo que *podríamos* sentir. Rezar es dirigir el corazón hacia Dios. Cuando rezamos realmente, no nos internamos en palabras: nos internamos en Dios. Rezamos cuando no pensamos en nosotros y, en lugar de ello, nos ponemos

totalmente en manos de Dios. El sendero que conduce hacia Dios ha sido accesible desde el comienzo del mundo.

El Espíritu Santo apareció como una lengua de fuego sobre la cabeza de cada apóstol. El se cierce como una llama sobre cada uno de nosotros. Cuando somos negativos, nos desconectamos de El; cuando somos positivos, nos extendemos hacia lo alto y nos conectamos con la llama; entonces, su luz brilla a través de nosotros.

La fe es conexión con Dios, inspiración y gracia. La gracia proviene de lo alto. Cristo vino por gracia. Fue una gracia que El viniera. Vino de una Virgen por gracia. Ingresó en un cuerpo por gracia. Amamos por gracia. Podemos hacerlo todo por gracia. Tenemos que conservamos en la gracia y mantener nuestra conexión con Cristo. Dejamos todo lo pesado de este mundo y conservamos lo liviano de lo alto mediante la conservación de nuestra gracia. ¿Y cómo hacemos esto? Mediante la oración.

Invocar el nombre de Dios es rezar. Invocar el nombre de Dios directamente desde el corazón es ponernos directamente en contacto con Dios. ¡Que pronto vivamos con el nombre de Dios siempre en nuestros corazones!

ÍNDICE

| | |
|----------------------|-----------|
| Capítulo I | 9 |
| Capítulo II | 21 |
| Capítulo III | 28 |
| Capítulo IV | 38 |
| Capítulo V | 45 |
| Capítulo VI | 52 |
| Capítulo VII | 60 |
| Capítulo VIII | 66 |

El Cuarto Camino

P. D. Ouspensky

Cuando un gran filósofo es, a la vez, un insigne maestro, su existencia adquiere características extraordinarias. Sin embargo, éstas se agigantan más aún cuando sus palabras aclaran con valentía lo que ha intrigado a la humanidad durante siglos: la verdad sobre el tiempo, el espacio, el movimiento, causas y efectos, el libre albedrío, y la transformación de la energía. Ouspensky define con claridad meridiana la ley natural vigente y cómo ella se aplica a todos los niveles de la creación. Asimismo, sugiere la relación existente entre la expansión de la consciencia y la dimensionalidad del espacio, y cómo el accionar de una acrecentará la comprensión de la otra.

Este libro plantea un modo completamente nuevo de pensar, y como resultado, una revalorización total del conocimiento humano. La actualidad de esta obra es confirmada por el interés y la estimación constantes de sucesivas generaciones de lectores y pensadores, quienes admiran la lucidez y audacia de un filósofo excepcional.

El Recuerdo de Sí

Robert Earl Burton

En esta obra, fruto de muchos años de estudios y práctica, el autor formula "una promesa de estados místicos de consciencia, de conexión directa con la realidad existencial subyacente, de acción personal libre, de despertar de la consciencia humana objetiva, de emociones positivamente amorosas, y de posibilidad de vivir en algún nivel superior, después de la muerte del cuerpo físico..." Todo esto es resultado de las conversaciones que, como maestro del Cuarto Camino, mantuvo con sus estudiantes, para que usasen, paso a paso, una formidable disciplina, llamada el "recuerdo de sí", (similar a la "vigilancia" del Budismo y al "desapego" ortodoxo), y relacionada con cada aspecto de la vida y del "trabajo" del estudiante.

El libro es el testimonio de una experiencia única y fascinante. Robert Earl Burton propicia hondas reflexiones cuando, entre otras cosas no menos sugerentes, nos dice: "No hay milagro más grande que estar presente. Aquí todo comienza y nunca termina".

Tertium Organum

P. D. Ouspensky

El autor solía comentar, rotundamente, al dirigirse a cada grupo de discípulos: "No soy dueño de los principios e ideas más importantes de este sistema. Esto es lo que los torna especialmente valiosos. Si me pertenecieran, se parecerían a todas las teorías inventadas por las mentes corrientes: sólo darían una visión subjetiva de las cosas." Gran parte de lo que él enseñó permaneció sólo en la memoria de quienes le escucharon. Empero, después de su muerte (1947) varios alumnos redactaron homogéneamente las transcripciones y resúmenes literales de los dichos del maestro.

Este libro es resultado de esa labor conjunta: abarcan lo sustancial de 10.000 páginas, conservadas en la Biblioteca de la Universidad de Yale para consulta de generaciones futuras. Un distinguido discípulo de P. D. Ouspensky comentó: "Todos tuvimos nuestra pequeña participación en este proceso. Quizá por eso... somos "las hebras del tejido", cuyo futuro y propósito no veremos."

Un Nuevo Modelo del Universo

P. D. Ouspensky

Nuestras actitudes varían de conformidad con nuestra observación de la realidad circundante. En este caso, tal como el autor se lo propone, esa realidad abarca el campo de la ciencia y la religión, y también el del arte. Su método "psicológico" es expandente y supera las limitaciones del conocimiento defectuoso (como el de quien mira a través de una cerradura), y del conocimiento lógico (como el de quien, apegado a un solo ángulo fijo de visión, pretende saberlo todo sin advertir sus propias restricciones).

El temario incluye: El esoterismo y el pensamiento moderno; La cuarta dimensión; El superhombre; El Cristianismo y el Nuevo Testamento; El simbolismo del Tarot; ¿Qué es el Yoga?; Sobre el estudio de los sueños y el hipnotismo; El misticismo experimental; El eterno retorno y las leyes de Manú; Sexo y evolución. Excelente complemento de *Tertium Organum*, estas páginas ratifican el genio de quien, con Gurdjieff, dio vida, fuerza y luz a la doctrina del Cuarto Camino.

e

sta obra se relaciona de manera muy concreta y esclarecedora con el sistema de ideas enseñadas por G. I. Gurdjieff, P. D. Ouspensky, Maurice Nicoll

y otros pertenecientes a la misma tradición.

El "Cuarto Camino" es una equilibrada combinación de tres vías tradicionales de reunificación con Dios: la del control corporal, la del control emocional y la del control mental.

O sea, el pleno desarrollo del hombre total en las circunstancias corrientes de la vida diaria y consagrado a la realización de sus más elevadas posibilidades.

Estos escritos postumos de Rodney Collin reflejan un pensamiento extraordinariamente lúcido y un conocimiento muy a fondo de una enseñanza cuya aplicabilidad universal, a esta altura de nuestra civilización, es realmente indudable.

